

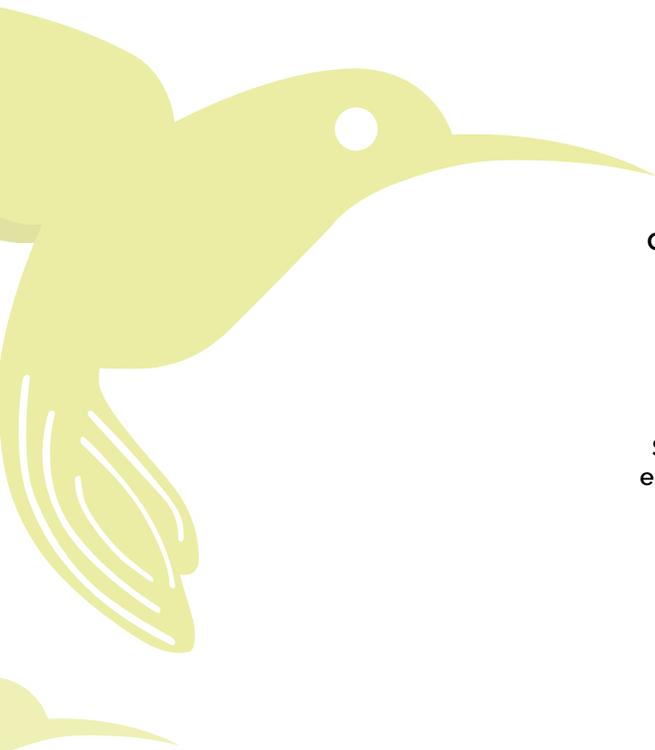
Diario de una muñeca

Carmen Delia Bencomo

Ilustraciones de
Ludwianna Piñero Pereira







**Gobernación del Estado
Bolivariano de Mérida**

Jehyson Guzmán
Gobernador

**Instituto Autónomo de
Servicios de Bibliotecas
e Información del Estado
Bolivariano de Mérida
IBIME**

Zenaida Hernández
Presidenta

Carlos Roberto Mora
Director

Karla Ríos
*Coordinadora
Red de Bibliotecas Públicas
Mérida*



El **Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo** es una dependencia del Instituto Autónomo de Servicios de Bibliotecas e Información del Estado Mérida (IBIME) que se encarga de ejecutar la política editorial del instituto. Tiene como objetivo ***promover y animar a la lectura y la escritura a través de la producción editorial*** y la organización de actividades de difusión cultural.

Diario de una muñeca

Carmen Delia Bencomo

Nota editorial:

La publicación del presente libro se realiza sin fines de lucro, preservando los derechos de su autor y constituye un aporte al acervo cultural de estado Mérida, Venezuela. Su publicación en línea se realiza de forma gratuita en los espacios del editor y aquellos que el autor considere necesarios.

Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo

© Carmen Delia Bencomo, 2022.

© Ludwianna Piñero Pereira (ilustraciones), 2022.

© **Instituto Autónomo de Servicios de Bibliotecas e Información del Estado Bolivariano de Mérida - IBIME**, 2022.

Sector Glorias Patrias, Calle 1 los Eucaliptos,
entre Avs. Gonzálo Picón y Tulio Febres Cordero.

Mérida, Venezuela.

Telfax: 0274-2623898

Correo: fondoeditorialcdb@gmail.com

ibime.merida.gob.ve

Fondo Editorial Carmen Delia Bencomo

Coordinación editorial y edición: **Ennio Tucci**

Diseño Gráfico y diagramación: **América Latina Rodríguez**

Ilustración y promoción: **Ludwianna Piñero Pereira**

Transcripción: **Ananda Waithe**

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito legal: ME2022000116

ISBN: 978-980-7860-20-8

Encuentra este y otros libros en:

<https://carmendeliabencomo.wordpress.com>

<https://issuu.com/fondoeditorialcarmendeliabencomo>

Diario de una muñeca

Carmen Delia Bencomo

Ilustraciones de Ludwianna Piñero Pereira



Biblioteca **Carmen Delia Bencomo**
Serie **Novela**



Carmen Delia Bencomo



Nació en Tovar el 05 de julio de 1923 y murió en La Guaira el 12 de octubre de 2002. Fue poeta, narradora de cuentos y obras de teatro para niños y jóvenes. Fue maestra de Preescolar y bibliotecaria en Caracas y en la Creole de Cabimas. Colaboradora en varias publicaciones como la *Revista Shell de Venezuela*, *La Religión*, *Cultura Universitaria*, *Revista Nacional de Cultura*, *Churún Merú*, *Tricolor (1969-70)*, *Diario Crítica*, *El tren de colores* (Mérida, 1984-85). Fue Coordinadora de Actividades Culturales de la Compañía Shell, Directora Fundadora del Instituto Zuliano de Cultura y Coordinadora de Cultura de la Gobernación del Estado Mérida. Inventó una manera de hacer arte a través de retazos de tela.

Obtuvo el Primer Premio en el Concurso de Cuentos Infantiles auspiciado por el Banco del Libro, con *La cigarra niña* (Caracas, 1965). Con *Los papagayos* ganó el Primer Premio de Teatro Infantil (Dirección de Cultura de la UCV, Caracas, 1967). Ganó el 2^{do} Premio del Concurso de Poesías Infantiles del Banco del Libro, con *Cartilla del aire* (Caracas, 1970). Con *Un cuento blanco para Mary*, ganó el Primer Premio de Cuentos Infantiles de la Universidad de Carabobo (1983).

Realizó estudios de Literatura y Biografías Infantiles en Europa.

Obra literaria

En poesía: *Muñequitos de aserrín* (1958), *Rostro de soledad* (1963), *Los luceros cuentan niños* (1967) y *Con el camino* (Anteo Ediciones, 1986). En cuento: *Cocuyos de cristal* (1965), *Los cuentos del colibrí* (Consejo de Publicaciones ULA, 1984) y *Cantaclaro: el hijo del viento* (Rotary Club de Petare, 1997). En novela: *Diario de una muñeca* (1972) y *Tiempo de sombra* (Centro de Investigaciones Literarias ULA, 1977). En teatro infantil publicó *Los papagayos: teatro para niños* (Editorial Kapelusz, 1968). En 1999, Enrique Hidalgo publicó una antología de su poesía bajo el nombre de *Antología mínima de Carmen Delia Bencomo: poesías y canciones para niños* (Dirección de Cultura del estado Anzoátegui, 1999). Fue reseñada y publicada en numerosos periódicos y revistas a nivel nacional. Parte de su obra aún permanece inédita.



*A María Valentina
y a todos los niños de Mérida*





*... Aún recuerdo lo sinceramente que yo amaba
aquel juguete, considerándolo casi con vida
y capaz de comprender mis sentimientos.*

Charlotte Brontë





I



Mi diario no tiene fechas. Sólo mido el tiempo con estas palabras: ayer, hoy, mañana.

La vida de las muñecas es como la vida de los niños: los días son claros y llenos de sol. Las noches, llenas de misterios y de sueños.

Vine de un país distante. En un barco inmenso junto con muchas muñecas y veníamos encerradas en unas cajas. No sabíamos nuestro destino. Él está en la vida de la niña que nos toque en suerte. El barco tenía una bandera alemana.

Durante el viaje solo escuchábamos el diálogo de las aguas, de las estrellas y de los marineros.

Cuando llegó el barco hubo llantos, risas, alegrías, en los que llegaban, en los que esperaban.

Alguien dijo que el puerto donde llegamos se llama La Guaira y me pareció dulce el nombre, como canción del agua o arrullo de princesa indígena. También me pareció dulce el idioma. Frases largas, palabras cortas, llenas de calor y vida. Había música y amor en el lenguaje.

Nosotras no podíamos ver el puerto, las banderas, sus orillas, su mundo azul y verde. Sólo oíamos sus ruidos y sentíamos el clima cálido. No sé cuánto tiempo pasamos en él ni si los habitantes eran rubios o morenos, altos o pequeños. Nosotras no reparamos en estas cosas. Apreciamos en los pueblos y las personas la ternura, el buen trato, la compañía.

Pasamos días en la aduana. En ella se hablaba de papeles, de números, de dinero. A las cajas donde estábamos le pusieron un sello, una cifra y las fueron colocando en un lugar aparte. Eran tratadas con sumo cuidado porque traían algo delicado y escribieron con letras grandes y azules una palabra: FRÁGIL. Con esto querían decir que somos como los niños y como a ellos debían tratarnos. ¡Qué frágiles somos las muñecas!

Otro día colocaron estas cajas en un vehículo que por su ruido, su pito y su andar era distinto a un barco. Dijeron: ¡Se va el tren! y se escuchó el chi-qui-cha-qui, por largas horas. Sé que atravesamos sementeras porque decía un hombre: “¡qué verde está el campo!”. Y supe que pasó por unos túneles pues también lo dijeron. Yo venía en un largo túnel donde no veía nada. Solo escuchaba.

Por fin cesó la máquina su rezongo y volvieron a poner las cajas en orden, una sobre otra, con el mismo cuidado. Debía ser en un cuarto oscuro porque nada oía. Sólo el diálogo de la sombra y el silencio.

Seguimos esperando, hasta que una madrugada, lo supe, pues alguien dijo: “tuve que poner el reloj despertador a las cuatro y sonó a las tres, todavía tengo sueño”, fuimos amarradas a algo blando. De pronto sonó una campanilla y sentí que andábamos. No era un barco, ni un tren, ni un auto. Era un animal. Como no habían llegado los automóviles, todo se cargaba en mulas y la de adelante llevaba una campanilla.

Por los brincos suponía que era un camino áspero. Por las voces cansadas de los arrieros que era largo y algunas veces pendiente. De vez en cuando se detenían en una casa. Contaban los hechos ocurridos en Caracas. Decían chistes que hacían reír a las mujeres. En un río o fuente cercana los animales bebían agua y cuando se inclinaban, nosotras desde las cajas cerradas, decíamos mamá y abríamos los ojos. Era un largo quejido como queriendo expresar los deseos de tener, por fin, la mamá que todos tienen, la que adquieren los niños al nacer. Nosotras nacemos en una gran fábrica y salimos por diferentes lugares en busca de la niña que un día será nuestra madre. Los hombres reían y decían: “ya están llorando los niños que van en esas cajas”. Ellos hacían menos duro el camino con los cuentos, las aventuras y los sueños. Seguía la mulita campanera marcando el paso y los cascos golpeaban las piedras. De vez en cuando una rama se enreda en las orejas y el camino se enreda en la montaña.



—¡Qué frío hace! —dice uno de los hombres. —El páramo está...y emplea una palabra que no entiendo.

—Están los frailejones cubiertos de nieve —dice otro.

Entonces me doy cuenta que atravesamos un lugar muy frío, sobre las cumbres. Los animales aceleran la marcha, la campanilla suena más aprisa. Silba el viento. Se escucha el quejido de una vaca que llama a su ternero y el lomo del animal que nos lleva tiembla y yo también tiemblo.

De pronto cesa todo. Los hombres se ríen y uno dice que el corazón se le sale por la boca. Oigo el sonido que hace cuando expulsa el aire.

Hay silencio... Una mujer les ofrece café caliente y comida. Las bestias se han detenido. No sabía si era de noche o de tarde, más de pronto sé que es mediodía, un burro rebuzna largo y distante y uno de los arrieros dice que es hora de almorzar porque sus pies pisan la sombra.

Los campesinos no necesitan reloj, tienen el sol, los animales, las plantas y tienen su esperanza.

Más tarde un hombre dice:

—Prepárense que pronto vamos a cargar harina, miren como está el trigo.

Y había cierto regusto en el resbalar de la frase que hacía suponer muy buena cosecha.





II



Siento frío dentro del duro cartón de la caja. Oigo otras voces. Las gentes hablan con más calma, con más suavidad y el movimiento de sus vidas se desliza sin prisas y sin ruidos. Estoy en una ciudad de montañas.

Abren la caja y cuando el señor de la tienda me levanta, se queda mirándome. Lo veo con fijeza como lo hacemos las muñecas. Le sonrío con mi sonrisa de siempre. Al moverme digo: “mamá” y él me vuelve a levantar. Mis ojos despiden luces como pequeñas estrellas fugaces.

—¡Qué muñeca tan linda! —dice— la pondré en la vitrina, frente a la calle para que todos la vean y no faltará quien se la lleve.

No tengo nombre todavía y espero adquirirlo un día cualquiera, cuando llegue definitivamente a unas manos, casi como las mías, pequeñas, rosadas, suaves, manos de una niña a quien yo copie su figura. Y espero en mi encierro de cristal. Unas personas suben por las calles y otras bajan. Ricos, pobres, hombres, mujeres, niños. Todos se detienen y me miran:

—¡Qué muñeca tan linda! —dice uno.

—¡Qué muñeca tan linda! —dice otro.

Más allá, unas montañas altas, cubiertas de nieve me recuerdan un paisaje de mi país de origen. Cada vez que abren la vitrina, un aire fresco me baña el rostro. Hay en este día más movimiento que de costumbre. Es lunes y se ven muchas mujeres del campo, con sus vestidos floreados y anchos. Hombres con sombreros de alas grandes y trajes pobres, olorosos a tierra y a siembra; niños de los páramos, con sus caritas sonrosadas, sus ojos de musgo amanecido, sus pequeños pies que ya saben de caminos duros, de barrancos, con sus ruanas azul y rojo, silenciosos.

Una niña de estas campesinas se detiene a contemplarme. Se alegran sus ojos y también sonrío. De pronto corre como una perdiz. Su madre ya va lejos. Ella no ha querido detenerse en la vitrina porque sólo tiene el dinero que necesita y no puede complacer a la hija que imitando a sus abuelas hace muñecas burdas de arcilla y trapo.

La ciudad se llama Mérida y fue fundada por unos hombres de otro continente. La montaña alta con su Sierra Nevada, la más alta del país y orgullo de sus habitantes. Más allá está la Universidad. Detrás el río.





III



Es diciembre. La tienda está más alegre. Continuamente es visitada por niños o personas mayores que también miran los juguetes con el mismo deleite de sus hijos. Muchos conservan el recuerdo de alguno que los acompañó largo tiempo. Otros llevan un juguete dormido en sus pensamientos. Algunos no lo tuvieron cuando niño y ahora desean que su hijo lo tenga. Junto a los juguetes se ven ovejas y muñecos de anime, casitas, flores de papel y de hojas brillantes, tierras de todos colores para los pesebres.

Cuelgan de las paredes de la tienda los más variados adornos. Todo el que entra a ella me mira, especialmente las niñas. Yo quiero ser llevada por alguna para vivir mi verdadero destino. La vitrina de cristal se llena de ojos que me admiran, mas permanezco fría, sin cariño, sin juegos, sin risas.

Ya cerca de la Nochebuena ha venido un señor a la tienda. Me mira varias veces. Tal vez piensa en la hija a quien quisiera regalarle una muñeca. Por fin entra. El vendedor viene a mí sonriente. Abre la vitrina, me vuelve a



tomar en sus brazos y con una mano alisa mis cabellos y mi traje. El señor, me ve, dice como todos:

—¡Qué muñeca tan linda!—y agrega— ¡Qué feliz se va a sentir Alicia!

Cuando me colocan en la caja vuelvo a pronunciar el largo “mamá” que sólo digo al levantarme como si quisiera ensayar la palabra que tanto gusto hará sentir a la niña cuando la oiga. Será un anticipo a su sueño de madre, una repetición constante de las veces que ella la pronuncia.

He llegado a la casa de Alicia y me guardan con mucho cuidado. Yo miro a todos lados buscándola y en un rincón hay un nacimiento donde se ven los corderos con aire de paz, los pastores, callados, envueltos en sus ruanas, en sus neblinas. Los ángeles de anime bordando la laguna con sus alas centellantes, el manso buey y la vaca de rodillas mientras San José y La Virgen aguardan. Albricias y musgos imitan las montañas. De un lado, frailejón con sus hojas de pana y las espigas de trigo alzándose como espadas de oro. Más que una minúscula imitación del pesebre antiguo, es una demostración de la fe cristiana mezclada con el amor del pueblo.

Alicia fue hacia sus padres, callada, menuda, llena de alegría y claridad como todas las niñas. Iba a despedirse, era la hora de dormir. Su padre le entrega un regalo y Alicia corre. Entonces, aparecí sobre la cama y en cuanto se levantó conmigo en los brazos, abrí los ojos y dije: ¡Mamá,

mamá! “Esta es la muñeca más linda” decía Alicia mientras me abrazaba y besaba. Esa noche de paz dormimos juntas y por la mañana cuando el sol empezó a ordenar los colores del día, Alicia me tomó en sus brazos y me inclinaba hacia ella. Yo digo cuantas veces quiere que hable: mamá, mamá, y ella repite estas mismas palabras para llamar a la suya.





IV



Alicia me enseña a las otras niñas que también me toman con cariño. A medida que esto sucede yo voy adquiriendo vida. Los niños hacen vivir todo con sus manos, sus ojos y sus sueños.

Poco a poco formo parte de un mundo maravilloso y soy una niña más en las tardes de lluvia y en las noches de luna.

Alicia me tiene siempre a su lado. Ella demuestra especial interés por la pintura. Poso varias veces junto al perrito, en el jardín junto a las lilas y los pensamientos, con las otras muñecas, más pronto se ha hecho una señorita y me guarda con postales, libros, cintas y cuentas de colores. Estoy allí como en una urna por mucho tiempo. No sé cuántos años pasaré en este sitio oscuro y silencioso. Soy la bella durmiente del baúl que espera a resucitar un día en las manos de otra niña.





V



Y llega de un pueblo azul, por las neblinas, por su nombre La Azulita, un hombre a caballo. Trae noticias del pueblo y de los suyos. El hombre, hermano del padre de Alicia, habla de sus hijos. Ha venido a unas diligencias en la ciudad y esa misma semana regresará al pueblo que ya imagino pequeño y lejano.

Todos en la casa envían regalos a los familiares distantes a quienes no conocen todavía. Alicia abre el baúl y me contempla un largo rato con cierta tristeza. Recuerda que no hace mucho era apenas una niña a quien yo acompañaba en sus juegos. Revivo de nuevo. Alicia es una jovencita que tiene interés por otras cosas y ha olvidado sus muñecas. Se queda unos minutos indecisa hasta que por fin va donde el tío que la espera y entregándome a él le dice:

—A Delina le va a gustar mucho. Ella no debe haber visto otra muñeca más bonita. Dígale que se la mando yo y que su nombre es Maruja.

Por primera vez escucho mi nombre. En ese momento me bautizaron.

El hombre coloca la caja en una pequeña maleta, delante de la silla de montar y partimos.

Atravesamos caminos. Largos caminos de piedra, musgo y montaña. Las gentes hablan algunas veces de las cosas del día en el sitio que nos sirve de descanso. Son hombres del campo. Hablan de cosas sencillas, de la lluvia, del sol y de las siembras. Por varias horas estuvimos sobre el caballo recorriendo distintos paisajes hasta que llegamos al pueblo.

El hombre baja del caballo y abre la maleta de la cual saca varios paquetes. Por último me levanta y me entrega a Delina. Abro los ojos y por primera vez veo a la niña. Tiene cinco años y ojos como estrellas negras. Me toma en sus brazos y me acerca a su pecho. Su corazón está acelerado como un pájaro que quiere escapar de su jaula. Algo de mi traje cae al suelo y ella se inclina a recogerlo y al levantarse dije: ¡Mamá, mamá! Me ve con extrañeza y emoción. Toca varias veces mis cabellos, mis ojos, mis piernas, mis brazos, como tal vez hace una madre cuando le nace un hijo.

–Se llama Maruja –dice el padre.

–Maruja, tú vivirás siempre conmigo –me dice Delina– hoy te mostraré a mis amiguitas.

La cena fue alegre. Había dulces traídos de la ciudad. El padre hablaba de algo importante con la madre. Los demás niños jugaban. Delina seguía contemplándome. La

noche borra al pueblo con su sombra, pero la madrugada lo viste de azul. Delina y yo dormimos.

A la mañana siguiente salimos a recorrer el pueblo y Delina me habla de un pozo cercano donde conversan los sapos y las ranas. Me lleva a la tienda de enfrente y me presenta al viejo amigo que le regala dulces y lazos. Él se queda mirándome complacido y le dice a Delina que se parece a mí. Las dos sonreímos.







VI



Hoy me ha dicho Delina que en la escuela le preguntaron cómo es Maruja, y que ella respondió:

–Maruja parece una niña. Su cara siempre sonrío.

Se ríe si le digo que me han castigado y también cuando le anuncio que tengo un pajarito de varios colores dentro de una caja esperando que el sol caliente para echarlo a volar. Se ríe cuando le digo que los árboles de la plaza parecen viejos con barbas. Me acompaña a los naranjos para verle sus flores y a los camburales para robarle la miel a los racimos en flor.

–¿Te habla Maruja? –le preguntaron.

–Sí me habla –respondió Delina– porque el silencio dice muchas cosas hermosas y ciertas, llenas de misterio y música. Ella me escucha y calla. Entonces oigo el río, el viento, el frío que viene de la montaña, las voces de los hombres, el paso de la hormiga, el aroma de las flores silvestres, el ruido de una piedra que se desliza del muro, la semilla seca que cae del guásimo, el diálogo entre las aves del corral, el



dulce llanto de la caña de azúcar cuando la hieren. Y pienso que todo ese concierto de voces es ella que me habla.

—¿Pero, Maruja, tiene alma? —le preguntan.

—Sí tiene. Le he dado la mía.





VII



Un día regresa de la hacienda el padre de Delina. Llega callado y preocupado. Habla largo rato con su mujer. Apenas escuchamos que dejará el pueblo azul para irse a la ciudad. Muy temprano con el sol, sale a caballo. La madre queda arreglando todo para el viaje y una madrugada se va la familia. Queda la casa del pueblo sola y triste como un bosque sin pájaros ni brisas.

Por el camino van varios caballos, unos llevan las cosas necesarias y otros a los padres y los niños. Se hace lento el viaje. Hay que ir poco a poco. El sol nos acompaña por campos sembrados, ríos y valles. De lado y lado altas montañas guardando en sus páramos blancos dibujos. A veces la tierra es una alfombra verde y otras, ofrece pendientes con lajas que hace difícil el paso de las bestias. De pronto es un camino estrecho y algunas veces se abre a nuestra vista un valle. Atravesamos surcos y piedras gigantes; humildes casas de donde salen las mujeres y niños como asustados, que ven pasar la caravana. Nosotros dejábamos de contemplar las

figuras humanas y las flores menudas para fijarnos en un nuevo paisaje.

Los padres, tristes y pensativos. Atrás quedaba el pueblo donde habían vivido algunos años. Donde nacieron tres de sus hijos y donde dejaban buenos amigos. La ciudad con sus misterios era como una ola, que ignoramos lo que trae, pero que tampoco sabemos lo que lleva. Los niños, unos ratos dormían, otros lloraban y comían. Nada pensaban. Delina y yo sacudíamos la cabeza de vez en cuando, para responder alguna pregunta. Nos detuvimos en una cascada que deslizaba su rumor. De ella tomamos para calmar la sed y también tomaron los caballos y los peones que los llevaban hicieron una especie de vaso, de unas hojas anchas y bebieron. Luego se pasaron la manga de su blusa por la boca y por la frente para limpiarse el sudor.

Fuimos dejando tras los pasos la mañana y el pueblo. El sol siempre con nosotros hasta que entramos a la ciudad. De pronto se hizo de noche.

La ciudad nos asombró con sus ruidos, sus casas y gentes. Delina y los hermanos parecían unos animalitos deslumbrados con las luces y los autos. En el pueblo no había esas cosas. Era distante la ciudad.

En la casa los familiares esperaban y Alicia nos miró. Delina bajó la cabeza y me tomó con más fuerza. Yo la vi como reconociéndola. Varias veces se fijó en Delina que como una cervatilla escondía sus grandes ojos y su sonrisa.

En el pueblo que dejaron se conocían todos. Ella se sabía de memoria el principio y el fin de las dos únicas calles, la plaza, la iglesia, el negocio de Don Eliseo que vendía peinetas con piedras brillantes; la quincalla de Don Dámaso, el viejo amigo que le obsequiaba dulces, juguetes y las cristalinas palomitas de vidrio que guardaba Delina como un hermoso tesoro; los jardines de las señoritas Olivares llenos de flores y pájaros; la loca Rafaela que buscaba los niños para jugar; la pequeña quebrada con sus lirios como ángeles dormidos, y junto a ellos, las mujeres que extendían en la yerba cercana las ropas que habían lavado en sus orillas; el potrero donde corrían los caballos y las pomarrosas ofrecían sus colores y aromas. Todo le era tan suyo. La ciudad tenía otras cosas, rostros y calles. Se le presentaba a su vista grande y peligrosa. Delina se asomó a la ventana y miró los postes de las esquinas con sus luces y los autos que de un lado a otro le recorrían. Antes no había visto los automóviles y le parecían como animales raros y grandes.

Listas las camas ofrecieron descanso. Además, la costumbre era dormir temprano. El reloj de la iglesia dio sus nueve campanadas y como pastoras iban recogiendo las gentes a sus casas. Después, sólo se escuchaba la noche con sus vientos y sombras.

Muy de mañana examinamos la vieja casa que despertó la curiosidad de los niños. Desde el patio contemplamos las altas montañas y un nuevo deslumbramiento se

presentó a nuestros ojos: estaban cubiertas de nieve y cada vez Delina descubría nuevas figuras en ellas. Larga y silenciosa fue la observación hasta que ansiosa de seguir encontrando sorpresas, se fue al solar. Árboles frutales le dieron sus frutos y en el fondo vio algo que por un momento le asustó. Una figura, como de sueño, estaba frente a nosotras.

De su delantal daba de comer a las gallinas. Entre sueño y realidad se presentaba y estuvimos contemplándola detrás de un árbol hasta que hubo desaparecido. Las montañas blancas y la figura toda de blanco, quedaron en la cabeza de Delina llena de interrogantes, las que fueron aclaradas en la mesa cuando todos reunidos en torno a ella compartían las calientes arepas y el guarapo con leche.

—Mamá, los montes del pueblo eran azules ¿por qué los de aquí son blancos?

—Porque los de aquí tienen nieve, por eso se llama Sierra Nevada. La nieve es agua que se congela por el frío.

—Mamá, en el fondo del solar vi una mujer con traje blanco y un trapo negro en la cabeza, daba de comer a las gallinas ¿quién es?

—Ah... esa es una monja. Viven varias allí en un convento.

—Ah... —dijo Delina como si entendiera todo. Muchas palabras se quedaban esperando un día cualquiera para despejarse. No quería hacer más preguntas. Prefirió hacérselas en su interior o a mí que tampoco podía responderle.



VIII



Si la ciudad, las gentes, las luces y los autos nos deslumbraron, nos asustaba aquella casa donde fuimos a vivir. Se oían historias de entierros, de hombres que por las noches paseaban por los corredores, de mujeres que buscaban en el aljibe del patio algo que habían perdido y ¡cómo levantaban sus baldes en las noches de luna! Pero lo que más llamaba la atención, sobre todo a Delina, la más grande y la más soñadora, era lo que escuchaba con relación a la “posada del héroe”. El héroe se llamaba Simón Bolívar. Había pasado por la ciudad con ocasión de la Campaña Admirable, hace muchos años, cuando todavía no habían nacido los abuelos. En aquella casa estuvo. El ancho portón se abrió para hombres y caballos. La gruesa llave guardó con celo la noche de aquella visita. Atravesaba el patio un camino de piedra que llevaba a la caballeriza y a los lados el jardín que adornaba el paso con las más variadas flores y helechos que alzan sus alas verdes. Todo estaba igual menos la caballeriza que ahora era la cocina. La casa inmensa que el héroe visitó ocupaba la manzana. Fue dividida por motivos de una herencia y

de la otra parte se hicieron modernas casas. La que nosotros ocupamos conserva inmensas puertas y ventanas con los orificios que recuerdan las manos oscuras que lanzaron armas contra ellas.

Largos corredores y a un lado las habitaciones: “en ésta, nos decían, durmió Bolívar” y veíamos aquel cuarto con cierto temor. La sala con sus retratos viejos y sus mesitas en los rincones, la sala donde se reunieron las damas a conversar, a bailar con el hombre de quien oímos hablar. Un viento frío cruza los amplios salones y por las noches parece que crujen los trajes de las mujeres. Delina miraba las cerraduras de las puertas con sus flores, camburales y pájaros que dan relieve al hierro. Las altas paredes maltratadas por el tiempo y el musgo tratando de cubrir las desnudas tapias. Por varias noches nuestros puros sentimientos se sobresaltan al escuchar a las viejas sirvientas vecinas sus cuentos, leyendas, chistes y mentirillas que se tejían de los antiguos habitantes de la casa, y varias veces nuestros sueños fueron despertados por fantasmas y corceles mezclados con las populares leyendas de la llorona, la hechicera, el caballo errante y cerca de los muros, el Albarregas roncaba.

Lo que molesta un poco a los padres de Delina son las continuas visitas de turistas y otras personas que llegan a la ciudad y que siempre quieren conocer la vieja mansión que encierra recuerdos de nuestra historia. La mayoría de las mujeres se detienen más en el cuidado del jardín, llevándose

siempre las mejores flores y alguno que otro visitante, en alarde de conservar algo de la casa donde estuvo el héroe arrancan alguna piedra del zaguán imaginando que se llevan las huellas de aquellos días.







IX



—Maruja, ya tengo listo el uniforme, los libros. Mañana iré a la escuela.

Delina sabe leer y escribir. Lo aprendió en la escuela del pueblo azul. Lee en la Historia Sagrada y le son familiares los nombres de Jacob, de Josué, de David, los relatos bíblicos y los hermosos Salmos. Se sabe de memoria los poemas de su libro de lectura y los hermosos cuentos de Calleja. La maestra la examinó y la puso en el segundo grado.

Muy temprano, después de afeitarse, tomar el desayuno y arreglarse sus cabellos en dos trenzas, recorre calle arriba, las cuadras que la separan de la escuela.

A las puertas de la casa grande se siente sobrecogida, mas el gesto amigable de la maestra y de sus compañeras la hace entrar decidida.

Le asignan uno de los últimos puestos. Los primeros están ocupados por las niñas que habían venido antes. Me dice Delina que en el corredor hay unas cuantas jaulas con canarios y turpiales que cantan y brincan. Muchas veces se siente avergonzada cuando la mandan al pizarrón porque

no sabe nada de números. Las matemáticas se le van ofreciendo como una horrible pesadilla. Solamente sabe contar los saltos de los pájaros.

—Sabes Maruja, se colocan unos números arriba y otros debajo. Se les pone una cruz o una raya, se les traza una línea. Todo eso lo sé, pero la maestra dice que no sé sumar ni restar.

Muchas tardes al regresar de la escuela, conmigo a un lado, repite una y otra vez: dos y dos son cuatro; cuatro más dos son seis, y así hasta que ya lo dice cantando con la misma rapidez con que se aprende un poema, pero las cuentas siempre le salen mal y la maestra frunce el seño y la para junto al pizarrón, mas ella sigue oyendo el canto de los pájaros y del agua de la fuente que está en el patio.

El día del examen, con su falda azul y su blusa blanca pasó las distintas pruebas: la lectura, el dictado, la gramática, las demás materias. Todo con muy buenas notas, pero las cuentas tuvieron errores y la puntuación bajó por ese motivo.

Sin embargo, Delina regresó contenta a su casa. Había pasado a otro grado y más que esto, le alegra el cambio de maestra. La señorita del segundo grado es áspera y dura, y se le nota gran preferencia por las niñas ricas y por las de ciertos apellidos.

—¿Verdad, Maruja, que las maestras deben ser como las madres que quieren igual a todos sus hijos?

Esto lo supe yo sola. Nadie mejor que yo la entendía y la hacía feliz. Mi sonrisa le borra cualquier turbio recuerdo y sigue por la casa y por la vida como si nada le preocupara, y es verdad, porque a los niños cualquier vuelo les hace olvidar las cosas desagradables. Lo que el silencio siembra en el corazón del niño es con los años un árbol que da frutos, unas veces amargos y otras muy dulces.





X



Poco a poco nos vamos familiarizando con todo. Ya el recuerdo del pueblo se va esfumando como las nubes que juegan en los altos picos de las montañas. Siguen siendo azules en el pensamiento infantil. Nos gusta la ciudad, las calles, la gente y los autos. A medida que pasamos noches en la vieja casa de leyendas e historias, los dulces sueños ahuyentan las sombras de los fantasmas. A veces creo que con nuestra presencia se han sentido extraños y se han ido a otras casas viejas, deshabitadas.

La tienda de enfrente borra la de don Eliseo. Allí se venden las mismas cosas y los dulces nos saben igual. La iglesia, la plaza y los otros niños han cambiado la visión del pueblo. Los niños, los animales y las plantas siguen formando parte del paisaje sin mayores complicaciones.

Los hijos del dueño de la tienda viven en una casa parecida a la nuestra que se miran frente a frente, pero que como la nuestra tiene puertas y ventanas cerradas. Sólo de vez en cuando, coinciden las entradas y salidas y entonces nos es posible vernos. Hay niños más grandes y algunos

pequeños. La madre murió y el padre hace las veces de ella: los acompaña los domingos a la misa. En los patios de nuestras casas se ensayan los mismos juegos y se dicen las mismas palabras de la yerba.

El padre de Delina está siempre en otro pueblo. A veces los niños de esta casa envidian la cercanía del padre de los niños de enfrente, mas ellos nos miran con tristeza porque no tienen a su madre repartiendo la mesa, los juegos, la ternura y los sueños. En ambas hay un vacío. Siempre es así. Casi nunca tenemos todo lo que deseamos.

Por la mañana cuando Delina sale a la escuela también lo hacen esos niños. Apenas se cruzan miradas. Por las tardes regresan en compañía de un viejecito que más parece un niño por la dulzura, la inocencia y la sonrisa franca... Los niños de esta casa lo ven con simpatía porque sabe ser amigo de todos y les regala frutas del solar vecino. El viejecito siempre guiña los ojos como un relámpago perdido o el pestañear de una estrella.

Los niños no reparan en edad, traje o condición económica cuando se trata de escoger un amigo. Sólo basta una sonrisa, un dulce, una fruta, un juego, para iniciar una buena amistad y el viejecito da tantas cosas que se hace imposible no abrir el corazón cuando sus ojos relampaguean.





XI



Sobre una mesa, rebaños de ovejas de anime descansan quietas, en la grama. Detrás de las ovejas, pastores humildes y callados. Pegados a la pared, ángeles con sus alas brillantes, sus trajes vaporosos que ponen un toque celestial. Se acerca diciembre y los que hacen estos trabajos se afanan en terminarlos.

Frente a la ventana pasan la madre y Delina. Ella se queda un instante, un instante suficiente para ver las pequeñas obras maravillosas.

¿Quién será esa pobre mujer que inclinada transforma el simple corazón de una planta en hermosas figuras que imitan la porcelana y tienen levedad de espuma?

La casa de esta mujer y la nuestra están separadas por una gruesa pared que llora años húmedos. La vida detrás de este muro es distinta. Para Delina todo es igual: los jardines, los pájaros, los niños, las figuras de anime o la sonrisa de los habitantes. En aquella casa existe todo esto ¿pero qué hay entre los moradores de una y otra? Una pared alta, y el frío de los adultos.

Otra noche se fue Delina callada, cruzó de nuevo la esquina y de pie, junto a la ventana, miraba con verdadero gusto las silenciosas ovejas que iban saliendo de las manos de la buena mujer. La niña se empina y abre más los ojos para alcanzar tanta belleza, y la mujer la invita a entrar para que las contemple mejor. Ella sigue inclinada y ante los ojos de la niña va dando vida, con una pequeña navaja a un burdo trozo de anime.

Pasan los minutos, tal vez las horas y Delina es buscada por todas partes. Y la tensión aumenta y la ausencia se hace larga. Los niños de enfrente también se unen a la búsqueda y uno de ellos, el más grande, la encuentra sentada en amable conversación con la vecina que hace ovejas. La mujer le preguntaba:

—¿Usted vive en la casa de la esquina? Esa casa era la mejor de la ciudad. Ahora ya no lo es porque han hecho otras más modernas, más bonitas; pero ustedes deben gozar mucho en esos corredores que son como caminos.

—¡Ah! ¿usted la conoce?

—Sí, mi madre lavaba y planchaba a los familiares suyos que vivían antes en la casona —y se extendía en relatos de los seres que Delina no conoció.

De aquel encantamiento salió cuando el niño entusiasmado por haberla encontrado la llamó desde la ventana:

—Delina, Delina, todos en su casa la buscan. Su mamá está muy brava por haber salido sin su permiso.

Sólo yo supe lo que animó a la niña a visitar la casa vecina. Otro día pasó frente a la ventana que guarda tantas cosas y no vio nada. Diciembre se había ido.

Ahora la mujer de los dedos milagrosos hace dulces brillantados, higos cubiertos, que también llaman la atención de Delina, pero no puede volver a aquella casa que encierra dulces figuras. Una pared alta y fría se interpone.







XII



Sobre un camión se cargan los muebles y demás cosas para irse a otro lugar. “Somos como los gitanos, hoy aquí y mañana allá”, decía resignada la madre que no se acostumbraba a los cambios, mientras los hijos saltan de emoción al presentir el mundo de sorpresas que el nuevo pueblo les tiene reservadas.

Cierra la vieja casa su grueso portón que tantas personas ha visto partir. Se vuelve a llenar de sombras y fantasmas. Los corredores se quedan silenciosos. Se fueron las guitarras y violines que alegraron sus días y sus noches. El jardín mudo derrama sus últimos aromas.

Después de unas cuantas horas de viaje, por una carretera llena de tierra, curvas y cruces, llegamos a la nueva casa.

Aquí se encuentra todo lo que la fantasía de los niños puede desear: árboles cargados de frutas y nidos; la primicia de la miel en las flores de los cambures, en los panales que cuelgan de los totumos; abiertos cañaverales donde duermen

serpientes; maizales y las matas de frijoles que buscan sus troncos para enlazarlos y los frutos que sueñan como maracas cuando la brisa sacude sus alas amarillas.

En el corral, gallinas que dejan sus nidos para buscar ocultos sitios donde guardar sus huevos. Para la hermana de Delina es un placer amarrar un hilo, a la pata de una gallina clueca, y va soltando para seguir sus pasos y coronar sus minutos de espera al encontrar su nido. Entonces hay gritos de júbilo y en su falda carga su precioso tesoro. Delina, en cambio, quiere el regreso de los pollitos, como ovillos de lana y mirarlos complacida junto a las otras aves en el patio, que por las noches de luna es linterna del cielo que alumbraba los juegos de los niños.

El patio sabe los secretos del jardín, de las aguas que corren por la acequia que riega los sembrados, y al mediodía recoge el diálogo sonoro de los pájaros y de los niños, que en los pozos hunden sus cuerpos y ponen a navegar sus barcos que se van muy lejos, por las rutas finas de la fantasía.

El patio guarda el eco de las canciones infantiles. Todavía, en la noche, el abanico de las sombras repite: “El patio de mi casa es particular que llueve y se moja como los demás.”

O cuando las serpientes, desveladas arrastran sus cascabeles entre las hojas muertas, escuchan:

*A la víbora, a la víbora, la mar,
por aquí podrá pasar
Una niña dejaré.
¿Esa niña cuál será?*





XIII



Cuando recorremos la casa y sus alrededores, nuestra curiosidad se detiene en la puerta cerrada de un cuarto, oscuro, húmedo, que por las rendijas deja escapar un fuerte olor a cebollas.

Permanece cerrado como si fuera parte de otra casa. Desde el primer momento los niños que han dado nombre a cada sitio, a éste lo llaman “el cuarto de las cebollas”.

Allí viven ratones y sapos y algunas veces amanece un pollo muerto y la madre dice que son esos animales. Para Delina y los demás niños este cuarto es un lugar feo y repugnante, además lo imaginan asiento de fantasmas y brujas. La madre que ha descubierto este temor lo utiliza para ofrecerlo como castigo: “si vuelve a hacer eso lo voy a encerrar en el cuarto de las cebollas”. Así no necesita de castigos corporales y todos andan “como la vela en el candelero”, frase muy corriente de ella.

Y alrededor de aquel cuarto también se tejen cuentos de entierros y aparecidos y los ruidos de ratas, murciélagos y

sapos, hacen pensar en la presencia de espíritus que cuidan la plata que allí está enterrada en una botija, en el piso de tierra pisada y la madre también cree, por eso alimenta una cierta esperanza y aguarda un momento propicio para buscarlo. ¡Cuántos sueños se hará en torno a él!

La tarde se va en los últimos crepúsculos y las sombras hacen más tenebroso y siniestro al cuarto. Se agudizan los comentarios de las vecinas en torno y dicen que los viejos, dueños de esta casa, tenían mucho dinero, que se contaba por morocotas, las relucientes monedas de oro de aquella época.

La casa también tiene un horno de cocer el pan que no se utiliza y que Delina imagina una casa de enanos. Allí pone a vivir a sus muñecas, menos a mí que soy como una prolongación de ella misma.

En aquella vivienda, llena de muebles, de trajes, de utensilios en miniatura, como si se tratara de la residencia de algunos de los duendecillos de sus cuentos, vive la pobre Catalina, una muñeca de pasta y aserrín, la muda y quieta muñeca, ama de esos dominios.

Ahora es duro el invierno y cruel. Y los ríos arrastran casas y sembrados y hasta hombres y niños. Cruza de relámpagos y truenos el sueño de los habitantes y la quietud de la noche. También ha tumbado parte de la vivienda de Catalina y al otro día, al examinar los daños del aguacero,

Delina encuentra su casa de juguetes rota y la muñeca herida entre el barro y los ladrillos.

Desde aquel día, Delina les fabricó una nueva casa detrás del cuarto de las cebollas y muy de vez en cuando juega hasta la tarde. Mas la fatalidad ronda siempre a Catalina. Una mañana descubrió Delina que la pobre muñeca tiene los pies y manos como si se tratara de esas enfermedades propias de la montaña. Perdió dedos y en los brazos y las piernas tenía unas manchas blancas, rotas, que dejaban escapar parte de ellas. También los monstruos del oscuro cuarto hicieron daño a la indefensa figura.

Los comentarios de Delina llenan de espanto a los demás niños que miran asustados hacia el profundo aposento como si de allí salieran todos los males del universo. Entonces sus pensamientos se pierden en una serie de hechos en torno de la dueña de la casa, algo así como si se tratara de una cómplice de aquellos misteriosos seres.





XIV



La loca Juliana va de una esquina a otra esquina, de una casa a otra casa, hablando sola de un mundo que revolotea en su cabeza como un nido de extraños pájaros.

Nadie sabe en el pueblo de dónde vino, dónde vive, dónde oculta sus pintorescos trajes; de dónde saca las flores con que adorna sus cabellos revueltos. Los muchachos corren detrás de ella con burlas, sin pensar que en un momento claro de su mente pueda darse cuenta y sufrir cuando no tenga su cerebro nublado por los huéspedes confusos de sus alucinaciones. Y algunas veces habla de cosas que nadie entiende y otras, llora por algo que tampoco nadie puede comprender.

Y es la loca Juliana la nota pintoresca del día, cuando cruza la plaza o cuando llega a la iglesia, a la hora de la misa, lleno su seno de pericos que chillan y distraen la atención de los fieles que escuchan las aburridas pláticas del cura, viejo y cansado, que habla un lenguaje tan incomprendible, igual a las insulsas charlas de la loca Juliana. Los niños

rien al ver salir los pájaros verdes de su seno y pelear por la comida que ésta les da.

Es la nota típica del pueblo y todos la ven pasar, algunos la miran ya con indiferencia por la costumbre de verla siempre.

—¡Qué linda es su niña! —le dijo a Delina con tristeza, mirándome—. Se parece a mi hija, la que me llevaron los ángeles.

Delina la miró tratando de descubrir alguna semejanza con ella, pues una tarde dijo algo que no comprendieron en su casa y su madre le dijo que se parecía a la loca Juliana. Con disgusto inclinó la cabeza y nada dijo, pero los hermanos que se enfurecían cuando les decían algún apodo, observaron esto y se rieron con satisfacción. Delina hizo un gran esfuerzo para no demostrar contrariedad y evitó así que más adelante le dijeran “loca Juliana”.

Delina mira a la mujer perdida en sus oscuras palabras y le produce lástima su estado y la escucha tratando de encontrar alguna lucidez en lo que dice.

Desde el día que Delina escuchó la frase de la madre, se volvió más callada y medía sus gestos, sus risas y era entonces más comunicativa conmigo.

—¿Por qué, Maruja, cuando a uno no lo comprenden le dicen que se parece a una loca? Sí, me molesta que me digan así, pero me da dolor la vida de esta pobre mujer.

Tuvo que interrumpir sus juegos y sus diálogos para correr a la ventana otra tarde que varios niños insultaban a la loca Juliana y se burlaban de ella. Ellos vieron a Delina, se quedaron callados y dejaron de herirla con sus voces. Fue como si la presencia de Delina les censurara su actitud. Después se fue la loca, calle abajo hasta perderse en la esquina, despertando el silencio del pueblo con sus risas y gritos.

—Maruja, ¿verdad que me parezco a la loca Juliana?

Pasó el tiempo y ya las calles no volvieron a saber más de la pintoresca pinclada del día, que era la mujer de las flores y pájaros. Nadie supo cuando murió y los muchachos la buscan por las calles, la plaza, la iglesia y no la encuentran.

Hoy hemos tenido que recordarla porque la mamá de Delina se rio comentando el disgusto que no pudo ocultar la niña el día que le dijo que se parecía a la loca Juliana. Ella lo notó en los ojos porque se le pusieron largos y tristes y que por eso no volvió a decirlo, pues su silencio le produjo remordimientos ya que estuvo mucho tiempo callada y le hacían falta sus relatos.

—Es como si le hubiera matado los pájaros que tenía en su pequeña cabeza —dijo la madre.







XV



Antes no habían visto los niños tanta agua contenida. Conocían los pequeños pozos de la infancia y el río majestuoso que arrastra los sembrados, que cruza indiferente por montañas y valles hasta llegar al lago. Oían hablar del mar y los océanos, lagos y lagunas, mas sus ojos no sabían de la inmensidad del agua. Por eso estaban allí parados contemplando el deslizar suave de las olas, acercándose a los juncos de donde manos de mujeres indígenas obtienen fibra para sus esteras y cestas. Dicen que el agua contiene una sustancia llamada urao y que de allí viene el nombre a la laguna del pueblo.

Poco a poco van metiendo los pies y más tarde el agua cubre las rodillas y es tibia el agua. Su madre los lleva todas las mañanas porque la sal que tiene es provechosa a la salud y efectivamente ahora los niños están más gordos y rosados. Cuando regresan del paseo mañanero hay más apetito y más voluntad para el estudio y el juego.

La india Juana completa por las noches las leyendas que se tejen alrededor de la laguna que parece ocultar

encantamientos. Dice Juana que antes la laguna estuvo en otras partes y que cuando se ponía brava había que arrojarle niños vivos para que se amansara. Dice también que la laguna tiene un solo ojo porque un cacique le hirió el otro con una flecha.

Tiemblan los niños con estos relatos y quieren oír más, muchos más. Al día siguiente, temerosos un poco, se hunden lentamente, pero la cercanía y tibieza de sus aguas despejan las sombras. Se olvidan de todo lo que escucharon la noche anterior y se limpian los menudos cuerpos y sus almas grandes ciernen lo que hay de impuro dejando todo tan claro como el agua que impulsa su lebril de aire.

Y por las noches me dice Delina: la laguna no se pone brava, Maruja, como dice Juana. Ahora está mansa y más nunca se irá de aquí. Ella se extiende como una sábana verde y en sus orillas crece el junco y por sobre ella vuelan los pájaros y los patos. Los hombres sacan el salitre para hacer muchas cosas y ella nada dice. Y los rayos y truenos vienen ahora del espacio. Todo eso que cuentan fue hace muchos años cuando no habían nacido los abuelos, los padres, ni nosotros.





XVI



Los pueblos son como las gentes, con sus cosas buenas y sus cosas malas. Conocer un pueblo es como conocer a una persona. A medida que hacemos nuestras sus costumbres, que vamos descubriendo sus bondades, nos va resultando más nuestro, más querido y al principio tratamos de ver sus rincones y buscamos allí y allá hasta que llega un día en que ambos sin mayor complicación están unidos a nuestros mismos intereses

Esto no lo decía Delina ni lo digo yo, se lo escuchaba a la madre que conversaba con una vecina que vino a visitarla. La madre había conocido muchos pueblos y muchas gentes por eso hablaba de tantas cosas. No sabía la vecina expresarse con esa misma fluidez. Ella no conocía sino su pueblo, ni tampoco leía como la madre de Delina, que nació con un espíritu apto para captar todo lo bueno y hermoso de la vida. Por eso era rica su mente y hacía soñar a sus hijos a los que leía en voz alta los grandes cuentos y los poemas que a ella le gustaban. Por eso también venían las personas

a conversar con ella. Y aquellas noches, antes de irse a la cama siempre había algo nuevo en los labios de la madre.

A las vecinas también les hablaba de otros pueblos, de otras gentes y Delina y yo nos quedamos un rato más contemplando las veladas en que la madre es el centro. Entre las mujeres está Doña Inés, bastante morena, pasados ya los cincuenta años. Ella es la dueña de esta casa que tienen alquilada los padres de Delina. Es viuda y no tuvo hijos. Tal vez sea este el motivo para sentirse un poco amargada y como si los niños le produjeran disgusto. Pasea su soledad entre la iglesia y las casas vecinas. Dicen que tiene dinero y debe ser cierto por la actitud indiferente ante lo que la rodea, como si no necesitara de nadie. No da ni siquiera una sonrisa y cuando llega a visitarnos mira por todas partes: el patio, el jardín, los árboles, regaña a alguno de los niños que se encuentra solo y Delina la mira con cierto temor.

—Vino la vieja Inés —me dice—. Yo le tengo miedo.

Me asusta porque llega con un rosario negro en la mano y rezonga algo que debe ser un rezo y yo me escondo, entonces veo que habla sola y se golpea el pecho. Hoy me ha mirado distinto a otras veces, pero aun así no me da confianza. Se sonrió y me dijo: ¿dónde está su mamá? quiero hablar con ella. Fui corriendo a llamarla y me quedé un poco distante para ver de qué se trataba. “Quiero que me prestes tu muchachita para que me acompañe mañana a San Juan. Murió una amiga mía y quiero ir y quedarme un

día. Ella es muy juiciosa y no me gusta salir sola”. No sentí ninguna emoción por sus palabras ni por la idea del viaje. No pensé, como en otras ocasiones en el traje que llevaría ni lo que ella me dijera o me diera por el camino. Mi madre le respondió:

—Cómo no, Doña Inés, no faltaba más. Mañana muy temprano estará lista para que la acompañe.

A su regreso, cansada y pensativa, me fue contando una a una sus incidencias:

—Maruja, figúrate que no fuimos en carro sino a pie y es lejos el otro pueblo, Caminamos por las veredas más angostas y peligrosas para que resultara más corto. Rezaba todo el tiempo y en voz alta para que yo le respondiera. Pasaba cuentas de su rosario negro y se detenía en todas las cruces del camino, y hay muchas porque se ha muerto mucha gente en las curvas. En ellas se quedaba un rato, así descansaba un poquito. No se detenía a contemplar las flores, que las hay de todos colores, no compraba nada en las bodeguitas. Para admirar el paisaje le hacía falta el espíritu de mi madre y para comprar algo, generosidad. De vez en cuando pensaba en el hombre que fue su esposo y me invadía cierta tristeza. Subíamos y bajábamos. Atravesamos siembras y al final de la vuelta de una colina apareció la torre de la iglesia como una flor de piedra. Fue lo primero que vi del pueblo y respiré hondo. Todavía caminamos un poco más hasta que estuvimos en una casa grande. La gente es cariñosa y atenta,

principalmente una mujer dulce, apagadita como un cirio. Después de saludar a Doña Inés, preguntó:

—¿Y esta niña tan linda de dónde la ha sacado?

—Es hija de una señora a quien le tengo alquilada la casa —dijo aquello con cierto aire como si nos hubiera dado la casa para vivir sin pagar nada.

—¿Qué apellido tiene?, volvió a preguntar la dulce mujer.

Cuando escuchó el apellido de mi padre se le iluminaron los ojos, me miró más detenidamente y me acercó a ella.

—¿Hija de José Francisco?

Yo me sentí crecer sabiendo que las amigas de Doña Inés conocían a mis padres. De que en aquella casa bonita y extraña, llena de jardines, cosas finas y pájaros, supieran quiénes son mis padres. Ella con timidez y tristeza me dijo:

—Tu papá se quiso casar conmigo. Yo también pero...

Yo nada decía, mas Doña Inés quería saber y preguntó:

—¿Y qué pasó?

—Bueno... no era para mí... no era para mí... —dijo con tristeza y tomándome de la mano me fue presentando a todas las personas de la casa diciendo siempre: “es la hija de José Francisco, es la hija de José Francisco”.

Pensé que también habría sido una madre buena y dulce, tan buena y dulce como mi madre y la miré con cariño.

Desde ese momento gocé de las atenciones de aquellas buenas mujeres que parecían serlo más por el sufrimiento que las afligía.

Por la noche volví a ver y a escuchar a Doña Inés rezando. Ahora lo hacía por una causa, por la persona que había muerto. Seguí escuchando su rezongo hasta que el sueño me venció. Apenas desperté ya estaba de nuevo su voz grave, opaca y dura como una larga queja hasta que regresamos.





XVII



Yo me quedo sola todos los días cuando los niños se van a la escuela. Entonces la casa, antes llena de ruidos y de saltos parece una pajarera de donde han huido todos los pájaros.

Una carta, llena de emoción los ojos de la madre que deja la costura para atender al cartero. Trae buenas noticias. Después de leerla la guarda en la gaveta de su máquina de coser.

De pronto se llena de júbilo. Han regresado los niños. Vuelvo a cobrar vida en los brazos de Delina que oye a su madre participando la venida de la abuela. Ellos la conocen a través de las cartas y de lo que cuenta siempre la madre. Han visto su fotografía al lado del abuelo, de pie, derecho, con su larga barba y sus ojos expresivos. Dice la madre que el abuelo era muy inteligente y conversador. Que leía mucho y escribía poemas que recitaba en las reuniones. Que era amable y cariñoso. El abuelo murió joven porque había vivido mucho. Es grato conocer los familiares distantes y sobre todo en fotografías. Siempre se dicen cosas amables, llenas de humanidad y de belleza, de los retratos y de los muertos.

—¡Viene la abuela! —dice la madre— va a pasar unos meses con nosotros, así es que pórtense bien porque ella es muy delicada y ha sido muy estricta en sus cosas. Cuando éramos niños teníamos que andar “como la vela en el candelero”.

El padre que había venido el fin de semana, regresa a su trabajo, mas como hay unos días sin clase se lleva al hijo mayor. La ausencia es de sólo tres días y el regreso vino acompañado de gratas impresiones. El niño, de común callado y retraído cuenta a Delina todo lo que ha visto. Habla del tren y dice:

—Tiene un pito que suena así —y grita imitándolo—. Tiene varios vagones que son como unos cuartos donde van las personas y en otros van las cargas. Corre por unos rieles y hay puentes y casas con siembras a los lados. En algunos sitios se detiene a recoger los productos del lugar y las personas salen de las casas para verlo pasar. Yo voy a hacer un tren en el solar.

—¿Pero con qué? —pregunta Delina que lo mira extasiada porque habla de cosas que ella no ha visto.

—Pues, con nosotros mismos. Somos bastantes y los amigos también pueden unirse. Será un tren humano.

Por fin llegó la abuela. Vino cargada de regalos. Miraba a todos sus nietos y algo decía de cada uno. Miró a Delina largo rato y dijo a su madre: es extraña esta niña,

observa como una persona grande. Se parece a mí cuando era pequeña.

—Maruja, no me gustó lo que dijo la abuela. Su cara risueña y sus cabellos blancos me gustan, pero me parecen que siempre me van a estar viendo algo distinto.

Al regreso de la escuela viene la tarea de preparar el camino del tren: se limpia el terreno, se hacen estaciones, puentes, todo bajo la supervisión del hermano “técnico” que lo conoce, que lo ha tocado, que ha viajado en él y poco a poco se van abriendo claros en el monte, hasta que un día el tren más hermoso que se haya conocido está listo. Por supuesto que el hermano es el maquinista, va a la cabeza y doce niños corren agarrados por la cintura tras él. Los más grandes son los vagones de carga y los más pequeños los de pasajeros. Suena el pito y se lanza por el camino recién construido, por las orillas del maizal, los camburales y los naranjos. Por la orilla de la quebrada, por las tapias de una casa vieja y abandonada y es allí la primera estación. Esas tapias, sesteadero de pájaros y refugio de los niños cuando juegan al escondite, motivo de miles de cuentos de los niños grandes y de miedos de los más pequeños.

El tren vuelve al sitio de donde salió y viene cargado de naranjas, guayabas, cañas, cambures, mamones y flores que llevan a la abuela que siempre teje a la sombra de un granado. Cuando la abuela escucha el pito del tren levanta

los anteojos sobre la frente, suspende su labor y ríe hasta cansarse de la seriedad, rapidez y alegría del tren hecho con sus nietos.

De nuevo la señal de partida y la abuela baja los anteojos y sigue tejiendo mientras con una mano llena de arrugas y ternura despide a los viajeros: muy buen viaje, muy buen viaje. Y la última palabra, ya casi no se escucha, se queda en el ovillo que desteje, entre los árboles y la yerba de un hermoso sueño.





XVIII



Por esos días del tren fueron las fiestas de San Isidro. Las calles y plazas del pueblo, de costumbre solitarias, se vieron llenas de gentes y movimientos. El humilde santo labriego viste un traje de terciopelo y tiene cara más de joven burgués que de hombre de trabajo. ¡Cuántos hombres parecen santos y no muchas de estas figuras venidas de otros países! pensaba Delina y me lo decía. Era fino el rostro del San Isidro y tan pulidas las manos que más parecía un fraile poeta. Está en el templo, en un pedestal esperando las festividades que se hacen en su honor. En la plaza se levanta una tarima para músicos. Se cuelgan grandes piñatas y bambalinas de colores cruzan las calles principales. Están listos los palos encebados y por las noches habrá retretas. Ya se están levantando las carpas del circo y los niños miran con curiosidad para descubrir payasos y animales. Los gitanos han tendido sus toldos, más cerca de la laguna. Las mujeres con sus trajes de colores y sus pulseras pondrán una nota rara al pueblo. En el fondo de la plaza se coloca un cuadro blanco para las películas.

Todos estos espectáculos son nuevos para la mayoría de los niños que viven en el tranquilo pueblo de la laguna encantada.

Y llega el día. Van a la misa y a la procesión, a todos los sitios donde ven cosas nuevas y golosinas. Por las noches disfrutan de las fiestas mientras el santo en su altar, descansa de los ajetreos del día.

Pueblo Viejo es el pueblecito indígena de la parte baja de Lagunillas, con su plaza y su iglesia, sus casas humildes y sus gentes tristes y calladas. En ese pueblo, donde existen, todavía, muchas costumbres de los indios, es donde más sabor tienen estas fiestas. Los habitantes se disfrazan de animales, de diablos, de mamarrachos y salen por las calles y beben y danzan. Una de estas danzas representa la siembra y cosecha: se inclinan con palos, en señal de sembrar y los levantan y los chocan entre sí, en el aire, con la alegría de la cosecha. El tercer día cierra estas festividades con una gran fogata en el centro de la plaza, rodeada de cujíes, como fuertes caciques que resisten el implacable sol del mediodía. Allí se reúnen las personas del lugar y algunas del pueblo vecino, y los disfraces tratan de saltar sobre el fuego en un rito, tal vez, pagano que no comprendemos. Para Delina y sus hermanos constituyen motivo de singular sorpresa y alegría todos estos actos donde se mezcla el movimiento y el color de unas gentes de ordinario silenciosas y tranquilas. A este



apartado lugar no ha llegado la escuela, las carreteras, la luz ni la civilización.

Pasan las fiestas y todo recobra su ritmo de trabajo y descanso. En la casa de Delina se repiten, ahora los diferentes espectáculos. Unas veces es el circo y los niños acróbatas saltan desde el totumo donde cuelgan sus trapecios que agitan las taparas; pero el día de la quema es un juego peligroso. Los camburales enrojecen con el resplandor de la llama que han hecho para saltar sobre ella, mas la cuidadosa madre, vigilante de pasos y misterios, llega a tiempo para impedirlo y pone fin al juego de la imitación de las fiestas de San Isidro. Desde el patio, los niños miran el humo negro que levanta sus torres por encima de los árboles.

Y por la tarde el cielo es el cuadro blanco donde ven las películas. La imaginación infantil, en la hora del crepúsculo, va descubriendo las figuras que expresan en voz alta:

—Miren, unas ovejas caminando y una negra se queda enredada en un poco de algodón. Allá va una cabra con sus cuernos y detrás un viejo con bastón espanta los corderos.

—Y un perro va detrás —dice otra niña.

—Y la mamá de las nubes tiene un niño en los brazos —dice el más pequeño que no alcanza a ver más allá del regazo materno.

—Yo veo unas garzas rosadas que se bañan en una laguna —dice Delina y una niña del frente también las ve. Al patio han venido los niños vecinos. Cada uno trajo su silla

y sólo la noche y yo recogemos el tesoro de frases que van saliendo de los niños. Cuando Delina duerme yo paso estas imágenes a mi diario.

Al día siguiente, Delina lee en su cuaderno oloroso a caramelos de anís, un poema que escribió a las películas del cielo.

*Corderos de nubes,
niños de algodón,
la tarde baja, sube,
con garzas rosadas,
con blancas lagunas
y un viejo pastor.*





XIX



Aquella tarde regresó Delina de la escuela, triste y pensativa, como si le hubieran robado los rebaños de su risa. Estuvo callada en la cena y por la noche me contó el motivo de su tristeza:

—Maruja, la maestra dijo que se necesitaban unas niñas que sirvieran de ángeles en la fiesta de la iglesia. Miraba a todas las niñas blancas, rubias, de ojos azules. Por un rato yo seguía sus ojos que recorrían como mariposas negras todo el salón. Miré mis brazos y pasé las manos por mis cabellos negros, suaves, sobre mis hombros y experimenté la misma sensación que debe sentir la noche cuando pasa sus manos por los oscuros ríos de las montañas. Y me puse triste porque yo no puedo ser ángel. Heredé la fuerza de los rasgos indios y no hay ángeles indios o negros. ¡Qué lindos son los ángeles! Yo los veo con sus túnicas vaporosas y sus alas de finísimas plumas hechas de papel encrespado, con sandalias y uñas doradas.

Todo esto ocurrió el día que se preparaban los altares de Corpus Christi y en este pueblo, como en todos los

pueblos de nuestro país, las fiestas giran siempre alrededor de la iglesia: los Santos Patronos, la Navidad, la Semana Santa, el Corpus Christi. Y es precisamente en esta fiesta donde las damas hacen gala de su arte y de su fe cristiana.

Pero otro día se habló de una fiesta distinta: la llegada del Obispo. Volvía la maestra a buscar con su mirada un coro de ángeles que acompañarían a la niña que diría el discurso, preparado por el que mejor escribía en el pueblo, que resultó ser el cura.

—Maruja, hoy me siento la niña más feliz. La maestra dijo que yo diría el discurso para el Obispo porque hablo muy claro y me gusta recitar. Tendré que aprenderlo y decirlo como si fuera un poema. Dice que iré vestida como Santa Teresita y que detrás irán las niñas vestidas de ángeles. Mi traje será blanco, con un manto rosado y una cruz colgará de mi cuello con muchas rosas en mis manos. Los ángeles llevarán cesticas llenas de pétalos de rosas con las cuales se llenará el camino por donde venga el obispo. Me siento feliz por gustarme recitar, pues seré por unas horas una Santa Teresita morena.

Y llegó el día. Muy temprano estaba lista Delina con el hábito, repitiendo las palabras aprendidas. Ni una sola coma pasaba olvidada. Lo había dicho tantas veces, a la noche, a la madre, a la abuela, a la maestra, a los hermanos, a mí.

Y llegó la hora. Bambalinas de todos los colores cruzaban el puente de la salida del pueblo por donde vendría el gran señor vestido de morado. Allí estaban las principales personas, las damas que prepararon el recibimiento, más allá con sus sombreros en las manos y sus pies juntos; con su mirada de misterio, de tristeza y lejanía, los campesinos. A cierta distancia la Santa Teresita morena, y su coro de ángeles rubios y sus alas brillantes con los ojos como pequeños colibríes con sus cestas de flores.

Y estuvo por fin el obispo frente a todos. Aplausos y música. De pronto un gran silencio: la Santa Teresita se incorporó, apretó las rosas contra su pecho, miró a todos lados y miró al río corriendo indiferente como una larga serpiente que le ahogaba las palabras. Ahora estaban todos los ojos sobre ella. Una seña la invitó a decir el discurso y esponjándose como queriendo agarrar el aire alegre de la mañana comenzó las repetidas palabras y de nuevo sonaron los aplausos y la música. Y el aire, y el sol, y el río corriendo como si nada sucediera.

—Y sabes, Maruja, —me dijo cuando guardaba su traje y los recuerdos del día— todos dijeron que lo hice muy bien. Y todos me miraban. Y el obispo me bendijo.







XX



—Maruja, pronto dejaremos este pueblo. Nos iremos de esta casa llena de gratos recuerdos. Pero los pueblos, Maruja, son como los niños: reciben con bondad a todos y no se quedan tristes cuando se van porque saben que vendrán otros con igual o más cariño que los que se fueron. Los pueblos y los niños son como el viento.

Estuvo Delina conmigo en los brazos recorriendo el jardín, el patio, el solar. Miraba las gallinas, los pájaros, los camburales y en cada árbol, en cada piedra, en cada huella había algo suyo. Miró la tarde y sintió una triste dulzura, mas su resplandor bañó de nuevo la mirada al pensar en las sorpresas que le brindaría la nueva ciudad.

Como los tíos se iban para Maracaibo, la ciudad del lago, más allá de la montaña, resolvieron llevarse a Delina y ella me llevó, dejando atrás las otras muñecas. Y partió el automóvil aquella mañana y lloró hasta que nuevos caminos le fueron despejando las miradas. Y llegaron a El Vigía, el pueblo donde esperaba el tren, el tren que tanto entusiasmó

al hermano. Lo miró como lo había descrito él: un largo ciempiés mecánico. En él se fueron los tíos, y Delina y yo también. Sonó el pito y se fue atravesando siembras “como una aguja que cosiera montes”. Después llegó a la última estación, Santa Bárbara, y fuimos bajando. También las demás personas y las cargas y aquel puerto fluvial se llenó de movimiento. Era distinto al tranquilo y silencioso pueblo andino. Este puerto ofrecía otros caminos a sus gentes y sus productos y en el Escalante, el río que divide a la ciudad, aguardaban las embarcaciones la hora de salida a Maracaibo.

Era de noche y no supimos cuando salió nuestra nave porque nos habíamos quedado dormidas y al despertar ya íbamos muy lejos del puerto. Un claro de luna dejaba ver a ambos lados la costa, un monte que corría. No supimos cuando entramos al lago y ya no era sino una gran inmensidad de agua, el cielo y la noche. Sintió miedo Delina, pero todos los viajeros dormían y esto le dio confianza.

A la mañana siguiente se divisó a lo lejos una fila de casas, de distintos tamaños, a la orilla del lago. La nave se acercaba a Maracaibo.

—Mira, Maruja, la ciudad reflejada en el agua. Parecen dos ciudades en el horizonte. ¿Recuerdas la laguna encantada de nuestro pueblo de los Andes? El lago es mucho más grande. Tiene barcos. Unos llegan, otros se van. La ciudad siempre se queda. Mira esas manchas de aceite, en el agua. Parecen monedas negras. Como si del corazón del

lago manara el sudor de todos los peces. Ahora mira cómo del fondo del agua sale el sol. En nuestros pueblos lo vemos salir detrás de las montañas. Se siente calor. Parece que el sol estuviera más cerca de aquí.

—Maruja, mira cómo corren de un lugar a otro los hombres llevando en sus hombros diferentes productos que vienen en las embarcaciones: plátanos, pescado, legumbres y otras cosas. Siento que nos hemos alejado mucho.

Bajamos al muelle. Hasta el aire ofrece un olor distinto. Las voces se escuchan diferentes. Da la impresión de que toda la gente ha venido al puerto, pero no, es que aquí hay más habitantes.

—Mira Maruja, los pueblos son como los libros de cuentos: cada uno nos ofrece nuevas maravillas.

Al día siguiente nos despertaron voces y ruidos. Era la calle que sonaba como un río:

—Bateas, bateaaas.

—¿Bateas, Maruja, para qué?

—Escobas, escoooooobas.

—Maruja, venden escobas y alguien grita algo que no entiendo. Parece que dice “leche de cabra”.

—Oiga ¿leche de vaca no lleva?

—No, criatura, leche de pescao, no. —Se ríe y sigue gritando: “er pescao”. Y el grito se perdía a lo lejos o era reemplazado por otro tan confuso como éste que a fuerza de oírlo todos los días se fueron haciendo más claros.

—Maruja, qué vergüenza. Yo le entendía leche de cabra y era pescado, pero es que en nuestro pueblo no venden esas cosas.

Todos los días recorre Delina parte de la ciudad para llegar al colegio. Nuevas maestras, compañeras y sigue el ritmo que se cortó en el pueblo perdido tras las montañas, más allá del lago.

—Maruja, hoy he visto por las calles, cerca de la plaza, unas mujeres con trajes amplios y largos, de colores vivos. Calzan unas sandalias con una borla de lana muy grande y sus rostros tienen una pintura extraña. Me he quedado mirándolas. Después supe que son guajiras, las indias de la península del mismo nombre, cercanas a la ciudad.

Maracaibo es una ciudad que ofrece variados paisajes, colores y movimientos. Junto al lago las palmeras cortan la mirada del viajero que se pierde en el horizonte. Hay calor en el clima y en el corazón de sus gentes que brindan un acogedor y generoso trato. Poco a poco nos vamos sintiendo parte de este ambiente.

A la niña nacida entre neblinas y páramos, montañas y ríos le son familiares estas calles y ya no extraña sus voces y costumbres. Le es todo tan suyo que el grato recuerdo de la ciudad siempre estará fresco en su memoria porque lo que se siembra al rescoldo de un trato cordial tiene ramificaciones eternas.



XXI



Delina se va alejando, sin querer, de sus juegos de niñas. Se distancian los ratos que pasa conmigo. De vez en cuando me cuenta algo. Hoy me ha dicho:

—Maruja, mañana nos iremos para Escuque. Es otro pueblo de los Andes que no conocemos. No del estado Mérida sino del estado Trujillo. Allí están mi madre y hermanos aprovechando las vacaciones al lado de los abuelos y los tíos. Ellos tienen una casa en el pueblo y otra en el campo. Estaremos paseando de un lugar a otro y conoceremos los demás familiares.

El viaje fue por la otra ruta del lago, llegando a La Ceiba. Un tío a quien no había visto antes, esperaba a Delina en ese puerto. Alto, callado. Parecía la torre de una iglesia que guarda en silencio, los misterios del viento, del espacio. Lloró un poco Delina y se fue temerosa con el tío que le era un desconocido. Sólo la unía el saber que era hermano de su madre. No se habló durante el camino. De vez en cuando una casa, más allá de un río, una sementera. La velocidad del automóvil le hacía ver todos los paisajes como

una película de colores. Por fin el pueblo que subía como queriendo seguir hasta el cielo. La plaza con sus grandes árboles sombreando el busto sagrado, colocado en el centro, como en todos los pueblos.

El auto cruza algunas calles y se detiene frente a la casa, de líneas viejas. Todos salen al encuentro: la abuela, la madre, los tíos, los primos, el servicio y algunos vecinos. Abrazan a Delina. La besan. De pronto suenan las campanas de la iglesia. Es el ángelus. La abuela preside el rezo. Los niños con las manos juntas repiten las palabras de los mayores: “el ángel del Señor anunció a María”, a un mismo tiempo se llevan la mano derecha a la frente para hacer la señal de la cruz.

–Bendición, abuela.

–Bendición, mamá.

–Bendición tío.

Y la abuela contesta con los labios y con la mano. Esto se repite todas las tardes. Luego viene la cena. La tertulia familiar en la que la abuela es la figura principal. Por la noche se van poco a poco los niños, primero los más pequeños, hasta que la sala se queda con los mayores que hablan de las cosas que no pueden decir delante de los niños. El patio se queda mudo y los rosales todavía tiemblan por el roce infantil, en sus carreras y saltos.



Y esa noche Delina cuenta las impresiones de su viaje. Habla de Maracaibo y sus gentes. Hay preguntas y respuestas. Hay asombro en los ojos de los que miran:

—¡Cómo ha crecido esta niña! ¡Es casi una señorita!

—Maruja, unos me llaman señorita y me saludan, otros ni me toman en cuenta. Me dicen: “ya eres casi una señorita y las señoritas no miran así”, entonces bajo los ojos, y “las señoritas no se ríen tan fuerte”, entonces modero mi risa. Pero me confundo cuando de pronto oigo: “usted es una niña todavía” o “usted no puede ir porque es una niña” y vuelvo a buscarte para jugar y te dejo en la acera mientras salto la cuerda: uno, dos, tres, hasta cincuenta o más, hasta que mi madre sale a la ventana:

—Delina, ya casi eres una señorita, no saltes tanto la cuerda. Un día de estos pasarás un susto. Regreso y me siento en el corredor. Escucho cómo van cayendo las gotas de agua del tinajero y las confundo con los latidos de mi corazón.

Mi abuela me llama y sin dejar de tejer me dice: “como ya eres casi una mujer, debes estar enterada de muchas cosas”, pero no dice nada que pueda entender. Todas las verdades se me ocultan, apenas presiento un mundo desconocido, lleno de sorpresas esperando, no más, que deje el cascarón de niña para convertirme en mujer.

A veces siento miedo. Por eso ayer cuando a escondidas saltaba la cuerda, experimenté algo extraño. Miré el cielo y la tarde se tiñó de púrpura. No dije nada. Sé que estuve triste, callada y caminaba lentamente. Era como si por los saltos se me hubiesen reventado las ventas. Fue Yolanda, la amiga del frente, a quien conté mis temores, la que me dijo con alegría:

—Ya eres una señorita. Se ha abierto una flor, así dice mi madre.

Ahora frente al espejo Delina mira cómo se transforma su cuerpo y cómo adquiere cada día forma de mujer. Si alguien se fija en ella, encoge un poco su cuerpo para que no le vean las redondeces que se asoman por encima de la blusa. A veces alguien le dice bonita y su cara enrojece. Ya sus sueños no son los de la niña que ha dado vida a sus muñecas o imaginó mundos misteriosos en el fondo de los pozos.





XXII



Maruja, los días en este pueblo han servido para conocer a los familiares. Sabíamos de ellos por las fotografías, viejas y borrosas o por los comentarios de nuestros padres. En la sala de la casa está el mismo retrato del abuelo, el que tiene mi madre en su álbum. A la abuela la conocimos cuando nos visitó en el pueblo de la laguna encantada. ¿Recuerdas? La tía Amanda, mayor que todos los hermanos, lleva el peso de la soltería como una dura carga. En estos pueblos, donde el horizonte de la mujer es estrecho, cuando una mujer no se casa se queda entregada a los quehaceres domésticos. La tía es buena y paciente, mas a veces se siente como alejada de todo lo que la rodea y otras como si buscara alivio en la oración desmedida. Todo el amor que acumuló para sus hijos, los que no tuvo, lo reparte entre sus numerosos sobrinos que se ríen de sus cuentos llenos de mímica. Es alta y delgada. ¡Qué gusto sentimos cuando saboreamos los ricos “bocados” que ella nos guarda!

Después de esta tía viene el tío Alfonso, el que de tanto tratar con la tierra se ha vuelto más humano, simple, como los campesinos que casi se confunden con los niños.

Siempre se le oye repetir los mismos versos sencillos, llenos de salud y sabor típico, que hablan de la tierra, los animales y los frutos.

El tío Antonio, el que nos fue a encontrar a La Ceiba, es el extraño de la familia. Desde muy joven vive en los estados del centro. Sabe de puestos de gobierno, de dinero, de política, de muchas cosas que no puede decir, allí en el ambiente de la familia que conserva como un tesoro sus puras costumbres. Por eso es callado. Encierra sus aventuras y sus experiencias en un mundo de silencio. Apenas ha estado un mes. La mesa fue abundante, se variaron los platos todos los días y en su presencia se cuidaron las palabras y los modales. Un día se despidió y se fue sin decir cuándo volvería.

El tío Guillermo se ha ganado el cariño de todos por su generosidad y su gran corazón. “Seres como el señor Guillermo no nacieron para este mundo”, dicen las viejas que conversan con la abuela. El tío Guillermo es el más joven y está soltero. Es alto, elegante, buenmozo y canta y baila. Todos lo esperan y siempre llega con algo en las manos: dulces, libros, vestidos, juguetes. Para todos trae alguna frase especial. En esta casa cada persona tiene un interés distinto, pero todos giran alrededor de la abuela que desde su silla, como desde un trono, dirige y manda.

Y cuando vamos a la otra casa, la que está frente a la iglesia, donde viven los familiares paternos, encontramos también mucho que decir: el abuelo, sentado siempre en los

corredores o en la puerta de la calle mirando pasar las mismas personas que año tras año ha visto. Él puede decir como eran cuando niños. Al abuelo le dicen candil de la calle porque es más de ella, de su constante ir y venir, de sus gentes. Cuando ya la noche teje sus cortinas de sombras, el abuelo, silla en mano entra a la casa, frunce el seño. Entonces hay apresuramientos para servirle la comida. Después se acuesta. “Ya está el viejo roncando”, dice la abuela que también espera esté dormido para poder contar un chiste.

La abuela paterna tiene la cara llena de arrugas. Llenas de tiempo, pero de tiempo alegre. Si alguna vez ha llorado, sería a la almohada. Sonríe con sus encías desnudas, como de recién nacido. Y cuenta historias que hacen reír a los demás. En esta casa los animales ocupan un puesto importante y de cada uno se oye cuentos: el perro tiene un chaleco porque sufre de asma y el frío de la tarde le produce tos. Aquel gallo se llama Juan porque se parece al pulpero de la esquina. Vengan por aquí, dice la abuela, para que conozcan los chivitos que tuvo la brincona de la chiva, todos son bonitos y limpios, los llamamos patiquines.

Muy cerca suenan las campanas del ángelus y esta abuela nos toma de las manos para decir: “café con pan canillas secas del sacristán, café con pan canillas secas del sacristán” y suenan las manos y los pies.





XXIII



El abuelo vino de lejos. Un día llegó en uno de esos viajes que no tienen regreso, a sembrar sus sueños en una tierra que constantemente llevaban en los ojos, en las manos, en los labios, todos aquellos que volvían a su patria. Y un día se encontró aquí abriendo surcos, poniendo su semilla. Se quedó mirando cómo las nubes, la neblina, la noche, cubren las altas montañas.

Y sembró también su casa y la llenó de voces. Por las mañanas de abril y junio, por las tardes de enero y de diciembre, por todos los días del año su mano encallecida rozaba las rubias melenas de los trigales o las morenas cabezas de sus hijos.

Y éstos se hicieron hombres y pusieron también sus manos sobre el trigo, el lomo del caballo, el cuatro, la ma-drugada y también sobre tiernas cabezas morenas.

Ahora, el abuelo, se sienta en el corredor por las tardes, ante el espacio cortado por la montaña. Se deja ir hasta la otra tierra que lo vio nacer y partir.

—Uno es del sitio donde siembra algo —decía para justificar tal vez su olvido—. Uno es de la tierra que amasa —y su mirada se detenía en las manos.

Muy pocos sabían de su mundo interior, de su vida de antes. Aquí todos saben que vino de lejos y que había nacido de nuevo en esta tierra.

—Cuando se quiere mucho a un pueblo. Cuando en él hemos puesto amor y esperanza, ese pueblo es el nuestro. —Se decía—. Aquí sembraré también mis huesos.

Y todos lo escuchan sin interés porque cuando se dice mucho una frase, las palabras pierden contenido. Sus ojos habían mirado los ríos iracundos, arrastrando siembras. Las duras ventiscas azotando los rebaños, los fuertes vientos desnudando los corpulentos árboles y había visto a los trigales acostarse como un mar de mieles. Sus ojos empezaban a cansarse.

Oía silbar el viento que desafiaba maizales, las largas canciones del río, la música de los pájaros, el ruido de la trilla, su paso duro... Se cansaban también sus oídos.

Ahora estaba en el amplio corredor contemplando su mundo de silencios donde se multiplica el musgo y la espera.

Un día vino el nieto. Se quedó por muchos días mirando aquel ovillo que nació de su costado. A veces detenía su llanto con una palabra que nadie pudo escuchar y otras alargaba su risa con una gracia que tampoco nadie podía ver.

El niño quiso alcanzar la estatura del abuelo, mas éste había crecido tanto que tenía la estatura de su nieto. Y se hicieron amigos, compañeros. Ya el abuelo no estaba solo.

—Abuelo, ¿qué es el cielo?

—El cielo es lo grande, como Dios, como el mar, como el silencio.

—Abuelo, ¿qué es un río?

—Es un hombre grande que quiere llegar al mar.

—¿Jugamos, abuelo?

—¿A qué jugamos?

—¿A la guerra?

—No, porque en la guerra alguien muere y no quiero que termine nuestro juego.

—Entonces, ¿juguemos al caballo?

Y el abuelo doblaba su cansado cuerpo y ponía sus arrugadas manos en el suelo y el niño sobre sus lomos cabalgaba. Era una sola figura. Era una estampa que sólo la tarde contemplaba.

Después el niño dormía y el abuelo soñaba.

—Mamá, el abuelo es un príncipe de un país lejano
—la madre sonreía.

—Yo era un príncipe de otras tierras y vine aquí para ser rey.

Entonces todos en la casa sabían de la otra tierra de donde vino. Por los largos corredores, el viento frío lanzaba

sus látigos y las pequeñas manos acariciaban la espalda del abuelo.

Otro día los hombres fueron a la siembra y las mujeres quedaron en la casa, cruzándose como hormigas. Sólo el abuelo y el niño llenaban la mañana.

—Ahora habla el abuelo y ríe —decía una mujer.

—Es que se vuelve a ser niño con los años —dijo otra.

—Cuando yo sea grande... —hablaba el niño.

—Si eres grande —le respondía el abuelo.

Y se iban ladera abajo hasta el trugal.

—¿Quién lleva al abuelo? —preguntó alguien.

—Lo lleva el niño —dijo otra voz.

—¿Quién lleva al niño? —volvieron a preguntar.

—El abuelo —respondieron.

Eran a los ojos de los que se quedaron, dos sombras cruzando de colores y misterios los muros de piedra. Una flor, una mariposa, un río, cortaban su camino. Una palabra rompía el silencio frío del paisaje.

—¿Cuando yo sea grande tú serás chiquito?, abuelo.

—Cuando tú seas grande yo estaré dormido, porque a los viejos nos gusta mucho dormir.

—¿Por qué vas a dormir? Tú estarás siempre conmigo.

—Yo estaré en tus sueños...

Nada más y el niño parecía comprender.

Ante un árbol, el niño sobre el hombro del abuelo cogía una fruta.

–La madurez es dulce –dijo el abuelo y el niño comió de la más madura.

–Mira, abuelo, ésta no sirve, está podrida.

–La mucha madurez destruye –dijo el abuelo– cuando maduramos mucho ya no servimos.

–Pero tú estás maduro, abuelo, por eso eres dulce.

Y no se escuchaba más que el ruido de las piedras que corrían como locas bajo el pie del niño. Ante otro árbol se detenían bajo su sombra.

–Mira, abuelo, un nido. Yo quiero sus pichones.

–Esos pichones son por ahora de sus padres. Mañana cuando sepan volar se irán. Como tú, como hice yo, como hicieron tus padres. Déjalos que llenen su nido. Tus pequeñas manos tienen muchos pájaros dormidos que sabrán de vuelos.

Y el niño se miró las manos, cerró los ojos y sonrió.

–Muéstrame tus pájaros, abuelo, los que tienes en tus manos.

–Los pájaros volaron hace tiempo. Aquí tengo sus plumas –y acarició la suave cabecita.

Regresaron, pisándose las sombras, jadeantes, llenos de frutas, flores, piedras y colores. Nada dijeron de aquel hermoso paseo por los trigales. Nadie entendería nada. Por eso se durmieron para seguir soñando.

–Abuelo, ¿qué es esto?

—Es una oruga que duerme, cuando despierte será mariposa.

—¿Y cuando yo despierte qué seré?

—Un hombre.

—¿Como tú?

Y las preguntas cerraban su abanico.

Y vino la cosecha. Y vinieron los pájaros. En el patio de la casa el abuelo y el niño doblados, hacían un muñeco. El abuelo había hecho muchos. Todos los años hacía uno.

—¿Qué es un espantapájaros?

—Es un muñeco feo que asusta a los pájaros para que no se coman la cosecha.

—Pero, éste es bonito, abuelo. Yo creo que ellos no se van a asustar.

—No es lo feo lo que asusta, es la figura inmóvil. Este permanecerá con los brazos abiertos ante el sol y el viento, deteniendo el ataque de las aves.

—¿Los pájaros no asustan a los hombres?

—No, porque los pájaros cantan y vuelan.

—Cuando yo sea grande seré pájaro.

Los vientos y las lluvias destrozaron al muñeco y la cosecha fue buena y los pájaros volaron a otros lados porque ellos son dueños del espacio y la tierra quedó abierta para la nueva semilla.

—La tierra es así, da y siempre está dispuesta a dar más —dijo el abuelo—. La tierra es como las madres. Todo es de sus hijos.

Se fueron los hombres a vender sus frutos. Las mujeres se quedaron avivando el fuego y la espera. Sólo el abuelo y el niño llenaban los silencios.

—A mí me van a traer juguetes y dulces. ¿Y a ti?

—No sé... los viejos ya no pedimos nada ni tampoco sabemos qué pedir.

—¿Qué es un viejo?

—Viejo... es un hombre que ha ovillado muchos años en sus ojos.

—¿Cuántos años tienes tú, abuelo?

—Tantos que se me enredan en la memoria. A ver... déjame contar: uno, dos, tres, cuatro, cinco... y no contó más.

Al poco rato encontraron quietas las rugosas manos del abuelo como antiguos ríos que detuvieran sus cauces.

Un silencio interrogante cruza las miradas. Una voz rasga el aire. Un pequeño dedo, en forma vertical junta los labios.

—Ssssssssssss. No hagan ruido el abuelo se ha dormido.







XXIV



Mientras la madre cosía, Delina con los retazos me hacía un traje y yo paciente esperaba que lo midiera, una y otra vez sobre mi cuerpo. Cuando las muñecas nos acostumbramos a las manos cariñosas de nuestras amas nos vamos poniendo más suaves y flexibles. Ya no ponemos resistencia cuando quieren sentarnos y qué tiernas somos si nos tienen en sus brazos. Fui, poco a poco, siendo parte de ella. Era extraño ver a Delina y no mirarle, como adherida a su cuerpo, mi figura de niña en miniatura. Y aquella mañana que la madre cosía y que parecía lejana, pues sus pensamientos la hacían callada, ajena a la niña que estaba a su lado, embargada en otros pensamientos, tal vez simples, tal vez profundos, se interrumpió el silencio con las preguntas de Delina.

—Mamá, ¿de dónde vienen los niños?

—Los manda Dios a las madres.

—¿Cómo?

—No sé explicarte, además si lo hiciera no lo entenderías. Eres todavía tan niña. Más tarde te lo diré.

–Mamá, ¿por qué a la niña Rosario la tienen de sirvienta en su casa y parece triste, como si no la quisieran?

–Ah, porque tuvo un hijo soltera.

–Entonces, ¿si Dios manda los hijos por qué no la quieren? ¿Si Dios me da uno, también me harán lo mismo?

–Tú tendrás hijos cuando te cases, como tu abuela, como tu madre.

Las frases duras cortaron el diálogo de la mañana. Otro silencio siguió a estas palabras y una barrera de misterio cubría la verdad.

–Maruja, yo te quiero como a una hija. ¡Pobrecita la niña Rosario! ¿Qué culpa tiene ella de que Dios le hubiera mandado un hijo?

Una tarde la madre leía un libro con cierto interés. Estaba forrado en tela de florecitas y después lo escondía.

Intrigada, Delina siguió sus pasos hasta que descubrió dónde lo puso. Abrió una página apresuradamente, como si estuviera haciendo algo malo y leyó: “Síntomas evidentes de embarazo”. Leyó uno y había otros, pero no tuvo tiempo de ver nada porque se acercaba la madre y guardó el libro.

Corrió Delina en busca del diccionario y lo que éste le dijo la puso más confusa.

–Mamá, ¿qué es embarazo?

–Bueno, se dice “en cinta”, es cuando una mujer va a tener un niño. ¡Jesús! ¿Pero de dónde sacas tantas cosas?

—Lo vi en un libro. Busqué la palabra en el diccionario, pero no entiendo lo que explica.

Lo que había leído en el misterioso libro de la madre, llenó a Delina de interrogantes y de inquietudes. Todavía sus funciones de mujer no se habían regularizado y en ese mes no se le presentó lo que asomó aquella tarde cuando jugaba a saltar la cuerda y ese era el síntoma que había podido leer. Por eso estaba intranquila aquella noche y sólo yo supe sus grandes temores.

—Maruja, parece que voy a tener un niño. Me va a pasar lo que a la niña Rosario.

Varios días sufrió Delina en silencio, mas todo pasó como una nube espesa. Cuando ese mes el ciclo siguió su curso, volvió a sentirse feliz, pero las verdades continuaban en tinieblas.





XXV



Llovía. Los ojos llenos de estrellas de Delina miraban la fuga del agua. Delante de ella la Sierra Nevada desafiando el frío de la noche. Al otro lado de la crecida calle, un hombre joven, tejía mundos de encantamientos.

Los vecinos de enfrente también habían crecido. No se mudaron a ninguna parte. Se quedaron como sembrados a su casa, a los recuerdos. El joven, que desde la puerta miraba correr el agua era uno de aquellos muchachos que Delina miró muchas veces cuando iba a la escuela. Ahora estaban frente a frente cruzados de relámpagos. Después una fuerza lo empujó, sin importarle mucho la lluvia, hasta la casa de Delina. Amparado con el alero le hablaba con emoción de los niños que dejaron atrás. Tú te fuiste... Yo me quedé... Ahora estás hecha una mujercita encantadora... Yo estaba en la esquina el día de tu regreso. Después te he visto varias veces y me gusta mirarte... Desde ese día siento que te quiero o es que tal vez te quiero desde niño. Tú casi no me miras, pero algo me dice que algún día estaremos juntos en la vida.

Delina lo escuchaba en silencio, temerosa. Temblaba como un pájaro. Era la primera vez que alguien le hablaba de ese modo.

Y el hombre continuaba, mientras la lluvia caía como si quisiera no terminar nunca. Como si el amor venía en ella y no quería dejarlo.

—Esto es un prelude. Un día tú me dirás que me quieres. Podría ser mañana, o cuando te parezca, no hay prisa. Piensa en lo que te he dicho esta noche y cuando duermas sueña conmigo o con los dos... Hasta mañana...

Cesó la lluvia y sin embargo se quedaron en sus puertas mirando correr el agua por la calle como un río. Las nueve campanadas de la noche fueron cerrando las puertas. Afuera el silencio. Detrás la voz de Delina como un susurro:

—Maruja, no sé decirte lo que me ocurre. Es algo extraño. Es como si lo quisiera desde hace mucho tiempo. Me parece todo un sueño, pero tengo miedo. Soñaré con él esta noche y todas las noches.

Al día siguiente miraba las cosas como a través de un vidrio de colores. El aire se llenó de preguntas. Las flores, los niños y los árboles, de respuestas. Todo le era más claro, más bello, más humano.

A la mujer el mundo le ofrece aspectos desconocidos y en los labios de la niña de las fantasías, de los cuentos, de las leyendas; hay palabras nuevas y dulces. Le parece más lenta la gota de agua del tinajero cuando los mide con los

minutos de la espera. Repite a cada momento las palabras que escuchó: preludeo, sueño, dulce realidad. Y el diccionario se abre y se cierra con nuevas interrogantes: ¿preludeo? “lo que está antes de suceder”. “Lo que precede”. ¿Pero qué sucederá? El libro sólo dice el significado de una palabra. El destino de una vida que comienza, lo sabe el tiempo.

—Maruja: me regala flores, libros, dulces y por las noches me trae serenatas. Y me dice cosas lindas también. Tiemblo si no lo veo y cuando lo veo también tiemblo. Sus palabras parecen de tierra y cielo. Cuando me habla siento que corre más aprisa la sangre de mis ríos, que no me sería difícil subir a la Sierra Nevada y desde allí gritar a la ciudad, que le amo y que me ama. Pienso en el futuro, mas el viento me dice: sueña, ama, sufre. Es tu primer amor.

Entonces se hace más asidua a la lectura. A escondidas lee novelas y María le hace llorar sobre sus páginas y La Pastora del Guadiela la pone a soñar que es ella la heroína. Y también lee poemas y los memoriza para decírmelos por las noches:

*...Por ver su sonrisa,
captar su mirada
y escuchar su acento
como clarinada
yo subo a la cumbre
por verlo pasar.*

Y este otro:

*Tengo un dulce secreto
que nadie ha penetrado
tan suave, tan hermoso,
tan solamente mío
que apenas lo he contado
al valle, a la floresta,
al ruiseñor y al río...*





XXVI



No supe por qué lloró tanto Delina aquella noche que habló largo rato con su madre. Guardó en silencio una caja de bombones, un libro y una carta.

Esa noche sólo lloraba...

Hoy me ha mirado como hacía tiempo no lo hacía. Miró también, la carta y me dijo:

—Maruja, tú nunca sabrás lo que es llorar por alguien a quien se quiere mucho. Siento como si un ala negra me nublara los ojos.

Yo la miré fijamente. Nada podía decirle.

Pasé varios días olvidada, en un silencio grande, como si también participara del dolor de Delina y creo que así era porque a fuerza de vivir juntas había aprendido a comprender su mundo maravilloso, donde se alternaban las mañanas claras, de sol entre las lilas y los helechos, y las tardes de bruma y las noches oscuras.

Su tristeza extendía sus sombras por toda la casa que antes estuvo alegre. Se veía mustio el jardín y los lirios

desteñidos, como si también sufrieran. Las puertas y ventanas permanecían cerradas y afuera el viento que semejaba voces, hacía más hondo el silencio.





XXVII



—No todo en el amor es sueño, rosa, agua, ansiedad. También tiene espinas la rosa, diques el agua, realidad el sueño. No debes pensar que éste es el amor más grande y definitivo en tu vida. Hace un año apenas eras una niña saltando la cuerda. ¿Recuerdas? Todavía no has dejado tu muñeca olvidada en un rincón. Antes tienes que estudiar. Si él te quiere y tú también; si ha de ser tu compañero, será, mas tienes mucho que aprender. Ahora la ilusión es un velo azul o rosa que nubla un poco los sentidos. La vida está llena de cosas gratas e ingratas y debemos estar preparadas para que podamos vivir entre ambas en un plano de serenidad. Tienes misiones muy altas que cumplir. Por ahora es sólo terminar tus estudios lo más importante. Lo demás va llegando y todo tiene su tiempo señalado.

La madre hablaba así a Delina mientras yo escuchaba. Ella continuó:

—Es momento de que te explique cosas que no había dicho antes, tal vez esperando siempre que fueras más grande y me sorprende, de pronto, que ya eres una mujer. Las

madres siempre creemos que los hijos no crecen, ni que se nos van de los brazos y cuando ya los vemos unos hombres o unas mujeres nos asustamos y entonces comprendemos que hemos pasado por alto algunos detalles. Recuerdo que no hace mucho me preguntabas de dónde vienen los hijos y te dije que más tarde lo sabrías. Creo que ya debo hablarte con sinceridad. Leía en estos días un libro muy interesante sobre el hombre y la mujer y encontré esta frase que llamó mucho la atención: “La sinceridad es buena, es obligatoria, es necesaria, pero tiene sus límites y sus reglas. La sinceridad prohíbe decir falsedades, pero no nos exige siempre decir la verdad”. Entonces comprendí que me ocurría algo parecido contigo, no quiero mentirte, pero no encuentro cómo decirte la verdad. Te daré este libro para que lo leas. Él te dirá mejor que yo, muchas cosas, y cuando no entiendas alguna palabra, recurre al diccionario, pero si éste tampoco te aclara mucho, ven a conversar conmigo.

—Maruja, fue así como tuve en mis manos el libro forrado en tela con florecitas, el libro misterioso que encierra las verdades y todas mis curiosidades. Escucha: “Habían sido creados ya el agua y el fuego, la roca y el árbol. Y también todos los animales de la tierra, del aire y de la mar. La creación, sin embargo estaba incompleta, era nada más que una suntuosa y bien aparejada habitación que esperaba a su señor...”.



Más adelante dice que apareció el hombre y la mujer que son seres igualmente humanos, que a la mujer le corresponden iguales derechos en la vida, pero que siendo iguales sus derechos, son diferentes entre sí.





XXVIII



Delina se va volviendo más serena y reflexiva. Ahora son más largos sus silencios. Hoy me ha dicho que nos vamos al campo.

—Maruja, ¿te fijaste en esa mujer con falda de cuadros y blusa planchada, con un manojo de las yerbas del campo que tanto gustan a mi madre? Pues esta mujer vive en la montaña, en un lugar que no conozco, pero que imagino hermoso. Sus manos tímidas jugaban con la orilla de la silla donde estuvo sentada mientras mi madre hablaba. De vez en cuando se hacía un silencio entre ellas y apenas movía la cabeza afirmando. Y sé que era de mí que dialogaban porque cuando yo entré mi madre se incorporó y habló más fuerte, tal vez de otras cosas. Después me preguntó: Delina, ¿no quieres ir a pasar las vacaciones en casa de Ramona? Te gustará mucho. Allí es bonito. Hay un río. Podrías pasarte ocho o quince días. Puedes venir, si quieres, el sábado y te vuelves el lunes.

Los ojos de Ramona estaban fijos en los míos y yo buscaba en los de mi madre algo que ya intuía, alejarme de

esa ilusión que empezaba a apoderarse de mí. De ese aletear de pájaro en la lluvia. Los de ella escondieron tras sus pestañas el motivo que era precisamente ese, alejarme de él. Al primer momento me mostré como Ramona, esquivada, pero la idea de correr por los potreros, bañarme en el río, compartir la libertad de los campesinos, vivir sólo con la simpleza de sus gentes, o tal vez la curiosidad, acepté. Volví a mirar las dos mujeres y el viaje quedó convenido. Así es que Maruja, nos vamos al campo.

—Maruja, no ha sido fácil verlo y hablarle. Siempre está mi madre cerca y mañana, con el sol y con Ramona nos iremos. Te llevaré a ti y el libro que leo.

—Por fin lo vi y le dije: mañana muy temprano me iré por unos días. Sólo serán unos días. Me tomó la mano y me dijo: “tienes suaves las manos, parecen de pana”, y las rozó con las suyas. Todo duró un instante. La voz de mi madre sonó a pocos pasos y la mano prisionera escapó llena de no sé qué extraña sensación como si el roce de aquellas más fuertes le hubieran inyectado nuevas corrientes de vida.

—Maruja, esta mano tiene su calor, su roce y yo estoy asombrada. Necesito contarle a alguien lo que siento. Te tengo a ti. Los demás me inspiran temor. No me entenderían. Se reirían de mí. Tu silencio me comprende más que todas las palabras que puedan decirme. Él es tan bueno y tan solo. Me pareció temeroso, como yo. ¿A qué tememos nosotros? ¿Al futuro? ¿A nosotros mismos?

Afuera el silencio. Delina llenó el aire con el nombre que pronunció varias veces. Le parecía que todo se ponía más grande y más hermoso. Que las montañas recogían su eco. Que su vida estaba atada a la suya. Las campanadas de la iglesia cercana ahogaron sus pensamientos. Como pastoras llevaban los últimos corderos de la noche. Quería guardar, por mucho tiempo, el instante de dicha y cerró los ojos.

Al día siguiente corrió a la ventana. La abrió y allí estaba él esperando verla partir. Nada se dijeron y el auto se fue calle abajo. Varias veces Delina miraba hacia atrás. Él estaba viéndola como si se fuera también. Ella sostuvo su tristeza entre lágrimas y me apretaba contra su pecho como queriéndolas ahogar. Miró a Ramona que en su simpleza parecía no comprender nada, pero que ya sabía lo mucho que significaba aquella persona para Delina. La madre se lo explicó todo. Tal vez le encargó que no la dejara sola. Que no debía ver a nadie de la ciudad. “Es tan joven, apenas una niña”, le habría dicho.





XXIX



El auto nos dejó en La Parroquia. De allí en adelante, cuesta arriba o abajo, seguimos a pie. Para dividir el pueblo del campo hay un puente sobre un río que serpentea por los sembrados. Este río pasa indiferente por cerca de algunas casas como queriendo lamer sus orillas con sus lenguas de agua.

Delina esperó que Ramona cambiara los zapatos de ir a la ciudad. Era lunes y venían al pueblo hombres, bueyes y burros cargados con los productos que venderían en el mercado, tal vez con silenciosos planes. Ramona respondía a cada saludo con alguna pregunta y ellos contestaban y seguían. De vez en cuando Delina se quejaba de cansancio y Ramona hacía un alto en la marcha para sentarse en algún lugar sombrío. Al fin se divisó la casa recostada sobre un pequeño cerro. Estaba rodeada de árboles que se elevaban por encima de ella y la ocultaban. En aquella casa vivían los familiares de Ramona.

Sabían cultivar el café, la caña de azúcar, el maíz, y de su conuco venían los alimentos frescos, recién arrancados

por sus manos. Todo era la tierra y el cielo. Levantaban los ojos para mirar si va a llover, el sol dice la hora para almorzar o descansar.

La casa estaba sola cuando llegamos. Todos habían salido temprano y una viejecita asomose tímida en la puerta de la sala. Era la niña María que desde pequeña estuvo en la ciudad, sirviendo en la casa de las señoritas González quienes consagraron toda su vida a la enseñanza, heroínas que no tuvieron tiempo para pensar en el matrimonio y María siguió su ejemplo. Cuando las señoritas murieron ella se quedó sola y la casa pasó por herencia, a unos familiares casi desconocidos. La niña María es fina, callada, como una paloma asustada.

Delina miraba todo, en la pequeña sala. Al frente se alzan en una repisa, los santos venerados y en un rincón, un nacimiento daba perfumes de musgo y laurel, Ramona y la niña María se habían apresurado a colocarlo allí con las figuras de anime que elaboran por las noches mientras hablaban siempre de lo mismo. Delina parecía una intrusa en aquella casa llena de paz. Con los ojos lejanos y las manos inquietas, era el blanco de las miradas de aquellas dos mujeres que no encontraban que ofrecerle.

Cuando los ojos hubieron recorrido los rincones, las paredes, donde colgaban los retratos y estampas de almanaque, se quedaron fijos en la figura pequeña de la niña María

que le sonreía con los ojos casi cerrados por las arrugas que cruzaban su rostro.

Las gentes del campo, tímidas ante las de la ciudad, saben brindar poco a poco su generosidad. La niña María tendió el mantel, el blanco, de los días de fiesta y sacó de un baúl los platos de loza y los cubiertos. Olía el almuerzo que Delina no pudo comer con mucho apetito. Las dos mujeres notaron la tristeza de ella pero callaron.

El jardín ofrecía una agradable nota. Rodeaban el patio, que sirve para extender el café y secarlo, hermosas flores. Detrás los árboles, y a lo lejos se oía el canto del río. Las enredaderas enlazaban la cintura de los troncos y de las ramas colgaban parásitas que dejaban ver unas flores extrañas como pájaros o mariposas.

—Es lindo el jardín —dijo Delina— y la viejecita se rio agradecida. Ella se fue y cortó las más hermosas flores y le ofreció un ramo y Delina se quedó largo tiempo mirando sus aterciopelados pétalos y recordó cuando él le dijo: “sus manos son suaves como pana”. Lloró entonces sobre ellas. María la miraba con pesadumbre y pensó que tal vez no le gustaba el campo. “Después le gustará —le dijo— a mí me pasó lo mismo cuando vine. Extrañaba la ciudad y ahora no quiero ir nunca allá”.

—No lloro por el campo —dijo Delina.

—Mañana iremos a la loma —volvió a decir la viejecita—, verá qué bonito se mira todo desde allí.

Se hizo larga la tarde. Las tres mujeres apenas hablaban de alguna cosa sin importancia. Delina se quedó en el corredor sentada contemplando cómo la sombra iba cubriendo los árboles y el patio era un claro en medio del bosque. Ella se sintió una rama seca. Le dolía la soledad con unas gentes que nada sabían de ella.

—Maruja, si pudiera irme corriendo y llegar de nuevo a mi casa. Salir a la ventana y verlo a él parado en la esquina. Aquí no hay plaza... ni puede venir.

Regresaron los hombres del conuco y estaban allí parados frente a ella. El viejo sabía sonreír y hablar. “Esta es su casa”, le dijo. El hermano más joven de Ramona se sintió turbado y nada dijo. La cena fue temprano. Se encendieron las lámparas y todos se sentaron en la sala. Hablaban pausadamente de cosas que Delina no entendía. Afuera el aire fresco le bañó el rostro y sintió miedo de la oscuridad. Se escuchaba a lo lejos sólo el ruido de los animales y las ranas parecían estar cerca de sus pies.

—Si estuviera junto a mí, todo sería distinto, Maruja.

Cerró los ojos y no quiso ver ni pensar más nada. De pronto la música de un cuatro sonó muy alegre. Era Agustín que tocaba y cantaba. Delina se fue acercando poco a poco hasta quedar frente a él.

—Niña, cuando quiera dormir me avisa para acompañarla.

Era la voz menuda de María que desde ese momento se convirtió en su inseparable compañera.

—Ya quiero —dijo Delina.

María tomó una vela y la encendió en la lámpara de kerosén que estaba en el altar junto a las flores que le había regalado a Delina, y ella se quedó mirando cómo la luz iluminaba la cara de la viejecita y se fueron al cuarto. La anciana rezó un rato con un rosario en la mano. Después apagó la vela y se despidió con un “hasta mañana, que duerma mucho. Mañana será otro día y ya verá que se va a sentir mejor que hoy”.







Muy temprano salieron del cuarto y era hermosa la mañana, más bella que la ciudad. Olía el café recién colado y los hombres se preparaban para irse a la siembra. El viejo amarraba la vaca a un tronco y la ordeñaba mientras su hijo menor se ocupaba del alimento de los animales.

El viejo le ofreció una totuma de espumosa leche a Delina que ella tomó con gusto. Por un rato se olvidó de la ciudad y sintió que vivía con la misma salud de aquellas buenas gentes. Después María la acompañó al río, tomó un baño en las frías y cristalinas aguas y ella le hablaba de las señoritas González. Delina la escuchaba sin poner mucha atención y se entregaba llena de júbilo a la frescura que palpaba su piel y se hundía una y otra vez mientras María seguía hablando de sus amas. Por un rato largo se sintió formando parte de aquella atmósfera de encanto y no quería romperlo ni siquiera con un pensamiento turbio. Los recuerdos eran ahora alegres, llenos de sueños. El agua corría y María continuaba su charla y de vez en cuando se reía de sus simplezas.

Por la tarde se fueron a la loma como se lo había prometido y desde allí se veían el campo y los hombres inclinados. Cuando Agustín, el hermano menor de Ramona las vio se vino con unas frutas y las entregó sin decir nada. Después le dijo a Delina: ¿quiere que la suba y la baje por esta loma?

—¿Cómo? —preguntó Delina.

Agustín se fue callado y regresó con un cuero y ella sentada se iba cuesta abajo. Subían de nuevo para volver a bajar. Una mujer se detuvo a saludar a María y apenas miró a Delina con cierta curiosidad como lo hacen las gentes del campo con las de la ciudad. En cuanto se sintió igualmente mirada por Delina, bajó los ojos y dijo que el niño de la comadre Juana había muerto y que esa noche sería el velorio. “Se murió de mal de ojo”, le dijo, y se santiguó.

Delina manifestó deseos de ir y María dijo que la acompañaría. Apenas salió la luna se fueron por un camino estrecho siguiendo a Agustín. En la casa del pequeño muerto encontraron algunos hombres en el corredor y dentro algunas mujeres. En la sala, en un altar improvisado estaba el angelito con alas brillantes y la cara pintada. En los labios, pétalos de rosa y detrás de su cabeza un espejo. Tenía los ojos abiertos y como si le hubieran echado tierra. Nadie lloraba. Unos hombres se pasaban una botella de la cual bebían un licor blanco. Más tarde se acercaron los músicos con violines, cuatros y guitarras y empezaban a cantar unas



canciones melancólicas. Eran muchos versos, apenas recuerdo unos que dicen:

*Yo no canto porque sé
ni porque canto bonito
yo canto por consolar
la madre del angelito.*

Y me seguía contando con todo asombro:

A media noche los lamentos del violín eran acompañados por las voces pastosas de los hombres. Después de la comida irían a dormir mientras en la sala quedaría el angelito con sus alas brillantes y sus ojos llenos de tierra.

—Maruja, sabes, nadie lloraba. La madre se veía triste solamente. Recuerdo cuando murió mi hermanita que todos lloramos y mi madre vistió de luto. En cambio esta gente dice que los ángeles no se lloran porque ellos van al cielo y dejan este mundo que a lo mejor hubiera sido muy ingrato.

—Pero Maruja, nosotros no pensamos así. Esta gente vive más feliz. ¡Qué hermoso es todo esto! Me sentía una extraña llena de complejidades en ese ambiente sencillo y puro. Nadie toma a mal nada. Todo viene como guiado por la naturaleza. Ella rige los destinos de los árboles, de los animales y de las mismas personas. Cada persona trae en sí una dosis de comprensión natural para las cosas y los problemas.

La niña María temblaba de frío. Rezó y después de dar las buenas noches se quedó en la cama como un montoncito de blandos despojos humanos, y respiró hondo como si de su pecho salieran todos los pájaros que la tenían prisionera y se quedó dormida. Delina entonces apagó la llama de la vela y se hundió en las sombras.





XXXI



Ramona hablaba, aquella tarde, con cierta tristeza a la jovencita tímida que apenas contestaba afirmativamente, con la cabeza, a todas las preguntas. Después le dijo a Delina que esa muchacha se casaba y que ella le haría el traje de novia. Está feliz porque quiere mucho al hombre con quien va a casarse. Es pobre como ella, pero se aman y serán felices.

—¿Y tú nunca te has enamorado? —preguntó Delina.

Le intrigaba aquella mujer, joven todavía, ajena a todo sentimiento que no fuera amar y servir a los suyos.

—Sí, yo quise mucho a un hombre...y aún, tal vez lo quiero...

Parecía como si no deseara decir más nada o le dolieran los recuerdos.

—Estás llorando, Ramona, ¿qué ocurrió? ¿por qué no te casaste con él?

—Es largo —dijo Ramona secándose con el dorso de la mano las lágrimas que corrían por sus mejillas. Se quedó quieta un rato. Quedaron en silencio. Después cerró los ojos y comenzó:

—Cuando yo tenía la edad de esta muchacha cono-
cía a Lucio. Era un año mayor que yo. Tocaba el cuatro y
cantaba muy bonito. Le gustaba trabajar y como sabía leer
me hablaba de las cosas maravillosas que dicen los libros.
Llegamos a hacernos muchos sueños hermosos, pero un día
vinieron de la ciudad unos hombres y como Lucio era joven
y fuerte lo reclutaron. Me quedé esperándolo. Entonces yo
también era joven, y claro, no era fea. Me miraban los otros,
los que se quedaron. Me hablaban de muchas cosas, pero
esperaba a Lucio. Un día fui a ver a Don Carlos, el dueño
de la hacienda que está más abajo, como él es rico y tiene
influencias en el gobierno me pareció que podría ayudarme
para que lo dejaran venir. Cuando le dije que era mi novio se
rio y me dijo: ¿por qué quieres a un hombre tan pobre, que
nunca te sacará del campo? Tú eres bonita y mereces que
conozcas las bellezas que hay en la ciudad. Le dije entonces
que yo lo quería porque yo soy del campo, como él. Los
hombres de la ciudad, Don Carlos, son para las mujeres de
la ciudad. El cree que porque tiene dinero todo le pertenece,
las tierras, los hombres y las mujeres. Ellos trabajan para él,
ganando una miseria, y ellas no pueden negarle nada. Me
prometió ayudarnos siempre que yo lo quisiera. Usted tiene
su esposa y sus hijos, Don Carlos— le dije— Yo quiero tener
un marido y también hijos, pobrementemente pero míos.

—Don Carlos no quería dar nada sin recibir algo en
cambio. Era su costumbre. Se quedó parado en la puerta,

mirándome perder entre los árboles. Se reía con cierta satisfacción creyendo que algún día iría de nuevo a implorarlo.

—Pasaron los meses. Lucio siempre me escribía, pero de pronto no lo hizo más. Una tarde encontré en el camino a su hermana y me dijo que Lucio estaba enfermo y pedía que lo fueran a buscar. Yo me quedé esperándolo, allí junto a esa mata de rosa y cuando regresó pasó por mi lado sin mirarme siquiera. Sus ojos estaban extraviados, parecían perdidos en un misterioso mal. Daba la impresión de que había vivido muchos años. Estaba flaco y pálido. Yo me quedé triste. Después me fuí hasta la casa, para verle mejor y lo encontré sentado en el corredor hablando de cosas raras con seres imaginarios. Me estuve frente a él un buen rato. ¡Estaba loco! La ciudad lo perdió. Dicen que una mujer lo embrujó y ya no sirve para nada ni para nadie. La ciudad lo devolvió inútil.

La mujer calló un rato y luego continuó: No pude querer más a nadie. ¡Había esperado tanto! Lo sentí tan cerca de mí que no podría tener a alguien a mi lado oyendo sus gritos por las noches. Sabiendo que es un perdido en un mundo de embrujamientos. Cuando todos duermen y el silencio domina esta soledad, yo los escucho espantando los demonios. Entonces quisiera ir hasta donde está y acercarme y alejarle los espíritus que lo atormentan, pero él ni siquiera sabe quién soy. No habría podido esperar a otro, por las tardes, ni dormir unos hijos que soñé con él. La ciudad se lo tragó.

Esa noche no durmió bien Delina y sentía los gritos de Lucio como un agudo cuchillo en sus oídos. Antes lo escuchaba, pero pensó que se trataba de algún mal desafiando los silencios u otro ruido de esos imprecisos que trae el viento.

—Desde aquel momento de nuestra conversación, Maruja miró a Ramona con cierta admiración y con más cariño. Han nacido en mí unos deseos grandes de conocer al hombre que se debate entre un mundo extraño, lejos de la realidad. Nadie aquí habla del dolor de esta buena mujer. La casa donde vive Lucio, apenas unos cuantos pasos de ésta, parece llena de misterios. Nadie comenta nada. Los campesinos toman todo así, con resignación o tal vez por respeto a los profundos sentimientos de Ramona. La gente del campo, Maruja, es buena. Son como la tierra que sufre callada las torturas de los que la maltratan. Todo aquí es silencio. Ninguno se queja. Tal vez dentro de ellos haya rebeldía, amarga experiencia, pero se quedan con ellos como en el fondo de un pozo.





XXXII



Delina no se atrevía a invitar a la niña María a ir a la casa de Lucio. No quería, como los demás pronunciar los nombres que se guardaban con tanto cuidado, por eso muy pasito le dijo que fueran a pasear por esos lados que no conocían. Poco a poco se metieron por entre los árboles hasta llegar a un claro donde estaba la casa. Antes, el patio de asolear café, limpio, rodeado de flores. Cerca corría una acequia y más allá un hombre sentado en el corredor con el pecho descubierto y una vara larga desafiando el aire. La niña María y Delina entraron sigilosamente. En torno reinaba el silencio que era fuertemente golpeado con las palabras incoherentes de Lucio, unas veces llenas de palabras gruesas y otras de frases diabólicas. Era como un dios o como un demonio, allí apostado entre el patio y la sala.

Las chinelas de María ahogaban los pasos, pero los zapatos de Delina rompían en los oídos de aquel alucinado: ¿quién viene? ¿una mula del diablo? ¿se vinieron de los infiernos todos los demonios? Sacudía la cabeza y levantaba

el palo. Entonces María y Delina se quedaban quietas, atemorizadas. El hombre se perdía, de nuevo, en un mundo de sombras y no veía lo que tenía al frente sino un paréntesis entre la realidad y la alucinación. Daba dolor y miedo, a la vez, ver al hombre en aquel espacio lleno de quietud y paz, cruzado con los relámpagos de sus tormentas y de espíritus gigantes aprisionando su cerebro, consumiendo su cuerpo joven y vigoroso.

De un lugar salió un perro ladrando con cierto desgano. Extrañaba aquellas intrusas. Por fin apareció del fondo una mujer triste, con una amarga sonrisa. Se pasó varias veces las manos por la cabeza, para alisar los cabellos cuando vio que era gente de la ciudad.

—Pasen adelante. Sigán, no tengan miedo, Lucio no hace nada ni el perro tampoco. Son pura bulla.

—Ajá, ya vuelven, los voy a matar... ¿Por qué se ríen de mí? ¿Tienen miedo? Tráiganmelos a todos, no deje ninguno. Ellos me tienen encerrado, pero los voy a matar... Sí... A todos.

Las voces de Lucio se quedaron allí y seguimos a la mujer, acostumbrada al dolor y al trabajo. Estaba limpia la sala y olía a flores recién cortadas. El perro se volvió a echar en un rincón y Lucio seguía hablando sin descansar. La mujer poco habló. Ella sólo esperaba que le preguntaran algo para contestar. Cuando las dos mujeres se iban dijo:

—Esperen un momento que voy a traerles unas mandarinas que cogí esta mañana. Están muy dulces.

Quería agradecer la visita. Es costumbre de la gente del campo no dejar ir a nadie con las manos vacías. Ellas son como la tierra, generosas. Sienten placer en dar, tal vez más que en recibir.

El olor de las frutas lo invadía todo. Atrás quedaban las voces endemoniadas de Lucio y Delina sintió que el corazón se le encogía, así me lo dijo, pensando en el dolor de Ramona. Pronto se animó de nuevo, pues Isolina, la muchacha que se casaba, venía con un cántaro de agua sobre la cabeza. Era como una flor silvestre sin más adorno que los años y la sonrisa fresca. Se detuvo un rato para contestar el saludo. Las dos muchachas se miraron y por sus cabezas cruzaron, quizás, como dos pájaros, sus amores, sus ilusiones, sus sueños.

—¿Ya tenemos panelas? —le preguntó la niña María.

—Ya casi —contestó Isolina— Ahorita hay melcocha. Si quieren vayan por la noche que habrá “curruchete”.

Delina se reía sin saber bien de qué se trataba.

—Sí vamos —dijo la niña María— además como la luna está clara...

Como si adivinara que Delina no entendía mucho, le explicó que en esa casa hay un pequeño trapiche de mano y que hacen panelas que luego venden en el pueblo.

Ramona no supo que habían estado donde Lucio y todo siguió igual hasta la noche. En verdad la luna era tan brillante y redonda que la noche parecía el día. La luna se metía entre los árboles, por los cafetales, seguía el camino de las personas. Llenaba el agua del río y volvía a salir por encima de las cabezas de los hombres que no utilizaban, esta vez, sus linternas.

En la casa de Isolina las gentes llegaban y saludaban con la misma amabilidad. Isolina, sentada cerca del novio, callada y quieta. Daba la impresión de un hermoso cuadro renacentista. Delina los miró con cierta curiosidad y ellos se ruborizaron. Nada se decía del matrimonio. Agustín y otros jóvenes tocaban el cuatro y cantaban. Los más viejos hablaban de las siembras del día.

Las muchachas preparaban miel con queso y pan y en platos lo ofrecían a los visitantes. Era el “curruchete”. Todo parecía más sabroso y era porque se hacía con verdadera espontaneidad. Sin frases preparadas. Sin ademanes estudiados.

—Para el sábado estarán listas las panelas —dijo el padre de Isolina, con cierta satisfacción. No sólo por haber cumplido una tarea de unos cuantos días sino porque habría algún dinero para celebrar la boda de su hija.

A un lado del trapiche se levantaba un cerro de bagazos. Las cañas secas, aplastadas se amontonaban, ya sin

mieles y por ellas rodaban los niños más pequeños, que la luna también iluminaba.

Por el momento las mujeres se quedaron silenciosas. Los novios ya se habían dicho muchas cosas y las miradas recorrían la geografía de sus rostros y sus cuerpos.

La niña María y Delina se fueron llevándose la luna hasta la casa.





XXXIII



Por diciembre las mejores familias del campo, las que tienen tierra propia, las que reciben todo lo que cosechan pueden darse el pequeño lujo de llenar un rincón de la sala, con un rústico pesebre, las montañas levantadas sobre ramas y cajas forradas y papeles coloreados con el mismo color de la tierra que amasan, cubiertas del musgo que cubre los árboles y las piedras. Por caminos en miniatura, que copian los tantas veces transitados, las figuras de anime hechas a la luz de una vela, a la luz de una sencilla charla.

Y se cruzan las voces en susurro por los corredores de las viviendas para planear la Paradura del Niño que será en la casa del “compadre José”, como lo llaman todos, porque es el padrino de casi todos los niños, de esos niños que llevan el nombre del santo que trae el almanaque el día que nacen. El compadre José es hombre bueno, de bigotes negros y expresión serena, es el mismo que reza en los velorios con su voz ronca y pausada, el mismo que rasga el cuatro y canta las canciones al “angelito” y el mismo que atraviesa, por las noches, los caminos iluminados por la luna o la linterna

para ir hasta el enfermo. Dicen que sabe curar el “mal de ojo” y ensalmar a los gusanos de las bestias. José cuenta en las tertulias historias de otras partes y todos lo escuchan con admiración. Como sabe leer las revistas y periódicos viejos que le regalan en el pueblo, se entera de lo ocurrido en otras partes y agranda las noticias a su antojo con la misma emoción como si acabaran de suceder y todo esto hace aumentar la fe en torno a sus conocimientos. Cuando asoma el sol ya José está inclinado cruzando de esperanzas a su tierra, la que es suya, la que conoce sus manos y el sudor de su frente, y mira dolido a los otros hombres que dejan sus fuerzas y sus sueños en el surco ajeno. Con el sol regresando a su torre de luces vuelve a su casa, escardilla al hombro y el machete a la espalda, las manos llenas de tierra, con los ojos llenos de verde, lleno de esperanzas. Mientras toma el café oloroso, su pensamiento se va tras el humo, más allá de la raíz de su ser y entre sorbo y sorbo relata lo leído la noche anterior y allí se queda sentado hasta que come y descansa. De tanto hacer bien, de tanto decir cosas buenas, el bien se ha quedado entre su recia humanidad, entre sus ojos, los labios, el corazón y las palabras.

Y tenía que ser allí la Paradura del Niño. El pondría el vino, el bizcochuelo, el miche, la música, las velas, los cigarrillos y los cohetes. Vendrían los invitados y los cantadores a recitar los versos tantas veces dichos:

*Vengan los padrinos
repartan el alumbrado
que hoy se va a parar
al Niño admirado.
Paren ese Niño,
párenlo ligero
que llegó el momento
de subirlo al cielo.
Dichosos padrinos,
¡qué dicha han tenido,
han parado al Niño
con amor rendido!*

Y siguen los cantos y José se cruza entre las gentes y ofrece cigarrillos en una bandeja que guarda para esas ocasiones y de una botella brinda a los invitados y nadie levanta la voz para herir, sino para cantar, porque José sabe también apaciguar los ánimos y alejar los disgustos, los males misteriosos y los embrujamientos. Y vuelven a cantar hasta terminar y los violines y los cuatros, y las guitarras rompen el aire con sus notas y los cantadores de dos en dos entonan los repetidos versos.

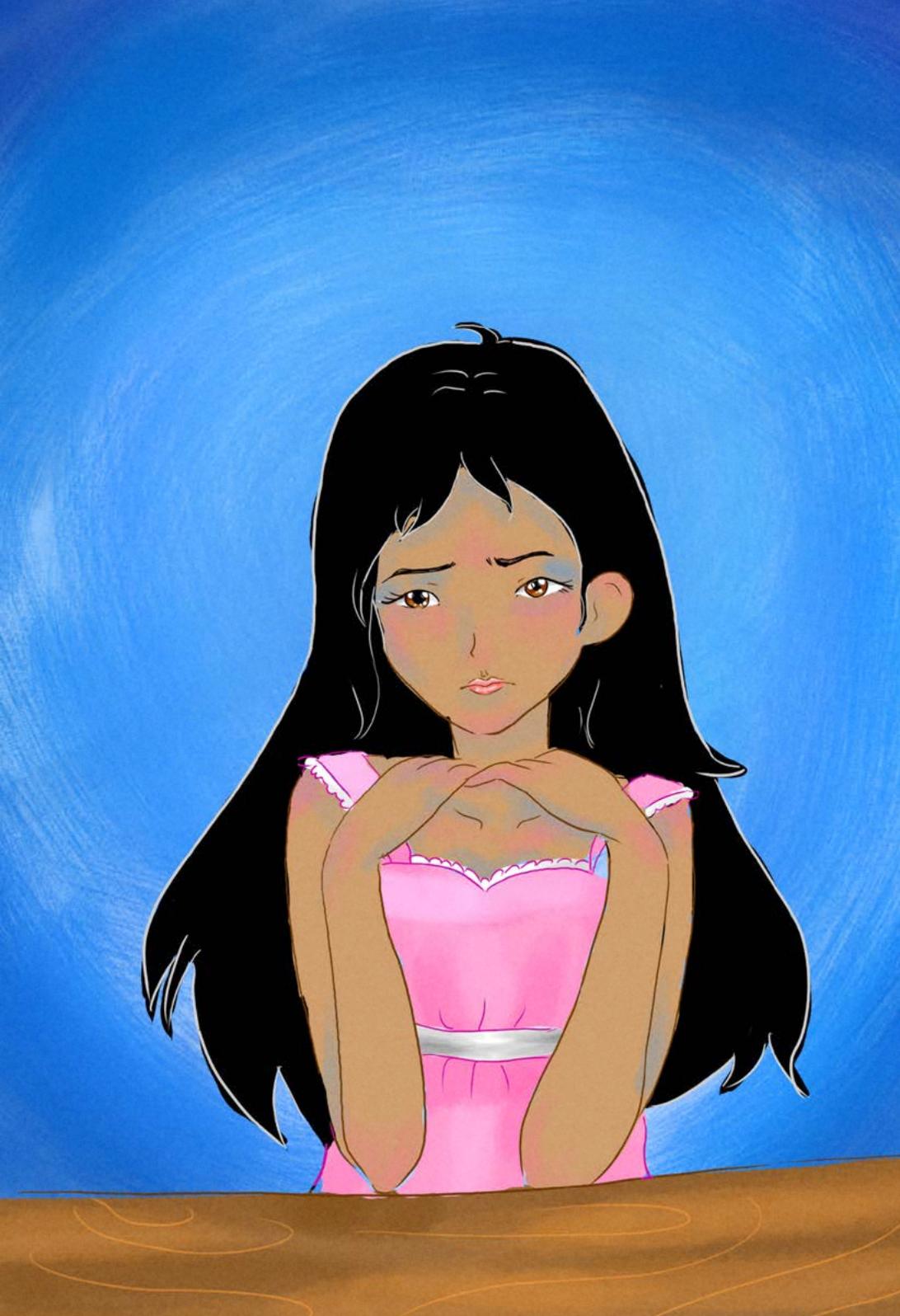
Después entre las sombras de la noche, los cantos de los grillos y las ranas, los ruidos de las hojas, regresan los visitantes y se queda José en medio del patio acariciándose el negro bigote, como un milenario patriarca o cacique,

recibiendo el soplo de la brisa, hundido entre sus pensamientos, confundido con la niebla, los árboles y la noche.

Era preciso estarse con ellos, compartir su mundo limitado para saber lo grande de su bondad, lo insustancial de sus diálogos, su cotidiana vida. Después Delina me decía:

—Maruja, si tú hubieras podido palpar todo como yo, seguro que habrías sentido algo extraño. A veces parece que viniéramos de otro país, pero es sólo la distancia de unos pocos metros los que nos separan. En la Paradura todos cantaban y yo también canté, pero a ratos me sentía como una intrusa entre aquellas gentes. Nadie medía las palabras. Nadie vigilaba las miradas de los otros. Si hubiéramos nacido él y yo aquí nuestro amor correría como el río, como el viento, como el trigo, como los pájaros. Como me habría gustado que él participara de todas estas cosas. Lo tuve en mis pensamientos como un perro manso aguardando mis silencios. Me contemplaban los campesinos jóvenes y cuando los veía se retorcían las manos. Si hubiera estado él, junto a la luz de las velas le diría bajito lo mucho que lo quiero.

Aquí todos somos hermanos —dicen— y basta mirarlos para saber que dicen esto de verdad porque ellos no saben decir sino lo que sienten...Esta noche no puedo dormir Maruja, porque la luna se asoma por la ventana, se viene de allá del cerro, me hurga los ojos y tengo que pensar en él, solamente en él porque no hay nada, en este momento que me lo impida. Solamente pienso en él.





XXXIV



El regreso a la ciudad fue muy temprano. Después del desayuno, con el sol recién salido de la montaña para que fuera menos fuerte, pues el camino es largo. Ramona con su traje planchado y su sombrero esperaba a Delina que varias veces se miraba en el espejo. Las mejillas frescas y rosadas, los ojos más brillantes y había inquietud en sus manos y en todo su cuerpo. La ansiedad del regreso. Volverlo a ver. Se sentía llena de una sensación hermosa.

Y llegaron a la casa. La madre y los hermanos la recibieron alegres. Después abrió la ventana y miró a la calle. La Sierra Nevada siempre frente a sus ojos. ¿No había la misma ansiedad en él? ¿Se habría cansado de esperar? Rita, la muchacha que vive cerca se detuvo a saludarla. No eran amigas, pero ese día ella le hablaba a Delina.

No supe lo que decía, pero Delina regresó triste y buscando algo tropezó con la estatuilla de porcelana que le regaló él cuando cumplió años. Cayó al suelo y los pedazos se dispersaron por todas partes mientras Delina hablaba con ella misma.

—Ah, te has caído y te has roto. Si trato de unir los pedazos tal vez volverías a estar allí, en esa repisa. Este es un ojo y aquí está una parte de la boca. Sí, es fácil, pero no, su sonrisa no será la misma. Mejor será que los bote, en fin no eres sino una figura formada de pasta frágil, tan frágil que un simple roce te derriba y te rompe, como a los ídolos. Los verdaderos dioses no se caen, ni se rompen. Por eso están por encima de los ídolos.

Delina se quedó mirando los pedazos y recordó que antes ya había visto derribarse otros y todavía no había podido remendar ninguno:

—Maruja, el primero fue mi padre, ese hombre recto, de andar lento, que inspira respeto y confianza, a quien nunca vi hacer un cariño a mi madre porque tal vez lo hacía cuando nadie lo viera. Aún recuerdo como ayer, cuando este ídolo se cayó. Era alto el sitio y fue muy duro el golpe, tan fuerte que ni siquiera las minúsculas piezas en que quedó convertido me era posible unir las. Entonces resolví dejar los trozos en el suelo. Tenía yo diez años y se me aparecían las verdades con muchos velos que hacían imposible comprenderlas. Vivía, ¿recuerdas? como cualquier niña de mi edad, en un ambiente sano: una madre amorosa, concretada a sus hijos y un padre cumplidor de su deber. ¿Se amaban? No sé. ¿Eran felices? Yo lo creía así. Sin embargo, aquella tarde, ya cerca de la noche, me encontraba en el corral de mi casa

observando, como siempre a los animales, mis mejores amigos, cuando a mis oídos llegó la voz de mi padre, desde la cocina:

—No te daré esta peineta si primero no me das un beso.

—¿Será mi padre? pensé o ¿será que alguien habla como él? Agucé más el oído, todo lo que pude, dije shsh al gallo que quería hacer ruido y en puntillas tratando de no pisar muy duro, me acerqué hasta la pared que dividía la cocina del corral y por una rendija no sólo volví a oír aquellas palabras sino que vi a mi padre frente a frente a la pobre Juana, la que nos hacía la comida, la misma que por las noches nos contaba cuentos de misterios y de brujas. Juana con el respeto más grande, sin levantar los ojos decía:

—Pero, don, ¿por qué quiere besarme si su señora es tan buena moza y yo soy una india fea?

—No, que fea vas a ser si tienes unos dientes blancos y una sonrisa bonita.

Yo quería gritar, correr y ponerme en medio de los dos seres con un instinto de defender lo que correspondía a mi madre, pero no me atrevía hasta que vi a la sumisa Juana que avanzaba hacia mi padre. Llegué corriendo donde estaban los dos. Mi padre se separó bruscamente y conservando siempre su serenidad me dijo:

—Aquí viéndole una muela a Juana que dice dolerle.

Pero mi silencio y tal vez mis ojos hicieron comprender a mi padre que no había creído mucho lo de la muela y desde aquel momento se interpuso entre los dos una barrera. Trató de hacerme su hija predilecta, yo sabía su secreto y su actitud fue siempre distinta conmigo. Yo conseguía lo que mis otros hermanos no lograban. No le vi a Juana la peineta, ni sé qué más hubo, pero sí recuerdo cuando ésta contestó mal a mi madre, en presencia de mi padre y oí las palabras que él pronunció:

—Despídela inmediatamente. Se buscará otra.

Era como si quisiera librarse de un peso y salió contento creyendo que reponía ante mis ojos algo que había perdido, pero el ídolo no se pudo reponer.

Ah, pero éste que estoy contemplando ahora ha sido distinto, tan distinto que quisiera derretir los pedazos a fuerza de llorar. Ha hecho tanto ruido al caerse que mis oídos no hacen sino repetir ese golpe y los trozos se han esparcido por todas partes, tal vez porque cayó de un sitio muy alto, más alto que el otro. Han volado hasta extenderse por toda la casa, por mi cuerpo y hasta aquí dentro del alma. Parecía ser un material diferente, más fuerte. Pensé que ningún viento sería capaz de derribarlo. ¡Oh! ídolo que te me vas de las manos, de los ojos, del sentimiento, quisiera dejar de mirarte hasta sentir que estos pedazos han desaparecido, como sus palabras, sus canciones, la plaza, la iglesia, las montañas, las gentes que se han alegrado cuando nos han creído felices.

¿Por qué te has dejado caer? ¿Por qué no supiste detener el viento o la mano? ¿Por qué escogiste a esa mujer que vive cerca para decirle lo que me has dicho a mí, que la amas?

Me repican sus palabras como un reloj con su constante tic tac, como la gota de agua del tinajero que cae sin cesar: “él es mi novio, yo sé que lo de ustedes se terminó, me lo dijo él. Yo voy a su casa y me regala flores. Me lleva serenatas y vamos a la retreta”.

Yo abría cada vez los ojos y entonces ella seguía:

—Sí, no te asombres, me besa y hasta llega a decirme que me quiere más que a nadie.

Yo me puse las manos en la boca, pero era en la de ella que deseaba hacerlo.

—Sí, te asombras, pero...

Mi silencio le daba más fuerzas.

—A ellos les encanta ser los primeros en la vida de una muchacha. Me dijo que te había querido mucho, pero en tu casa no lo quieren y que él no sabe luchar por nada. Además, otras no tienen tantos problemas...

Fue un día de silencio, de sufrir, casi me ahogaba. Sentía como si veinte nudos estuvieran en mi pecho, era todo tan reducido donde me movía que quise correr hasta el campo, donde todo era claro, donde nadie engaña, donde todos viven felices sin grandes complicaciones. Miré las rosas que me habían enviado, en ese momento se movieron y me parecieron tristes o cómplices de un engaño. Quise

romperlas y tirarlas junto con los trozos de la estatuilla, pero ¿qué culpa tienen las rosas si sólo son un instrumento para engañar? Su misión es embellecer y ahí estaba embelleciendo una mentira.

Serenamente empecé a recordar las palabras de mi madre: no todo en el amor es sueño, rosa...También tiene espinas la rosa, realidad el sueño.

Entonces me hice el propósito de no decir nada y seguir igual, esperando que sólo se acabara eso tan bello que no había durado mucho. Quería ir hasta su casa y oírlo, pero no, estoy segura que me diría: “es mentira. A tí te quiero por encima de todo”.

Delina seguía triste pero había aprendido de las gentes del campo a sufrir en silencio y por la noche me dijo: Maruja, me he trazado un plan. No verlo más. No salir más a la ventana. Hoy me ha enviado una cartica que he roto sin ver. Está preocupado. No quiero oírlo. Me busca, ve fantasmas, siente celos imaginarios. Está acorralado en sus propias mentiras. Entonces he pensado que nunca me ha querido como pensé.

Estuvimos el sábado y domingo en la ciudad. Delina sentía esa tristeza que se experimenta cuando se ve morir algo que parecía hermoso. Al día siguiente nos volvimos al campo con Ramona, libre de pensamientos turbios. Un poco reflexiva Delina porque la vida le estaba enseñando el otro rostro. El que no conocía.

—Maruja, le contaré todo a Ramona para que vea que yo también sufro. Ella tal vez sea feliz conservando su amor por el loco Lucio, pero sentiría consuelo con mi pena, pues el amor de Lucio no es de nadie, sino de los demonios que lo tienen prisionero. Ella pensará que lo mío no tiene importancia.





XXXV



No nos esperaba la niña María tan temprano y se había recostado un rato. Los años le pesaban y apenas barría o se inclinaba en el jardín para limpiar un poco. Se sentía como si el viento se la llevara, o como si parte de su empobrecida humanidad se hubiera quedado en la escoba o en la raíz de alguna planta.

Cuando escuchó los pasos y las voces en la sala se paró nerviosa y avergonzada de que a las diez de la mañana la encontraran durmiendo. Siempre había sido una esclava en la casa de las señoritas González y nunca demostró desganó para el trabajo. Estaba hecha un manojó de ruinas, pero todavía conservaba el sentido de responsabilidad y del deber.

—Me sentí como mareada y me acosté un rato —dijo tratando de justificar su pereza.

Delina la miró con cariño y con tristeza. Sus ojos, pequeños, como pozos llenos de agua y opacos.

Ramona siguió a la cocina y detrás María. Delina se quedó mirando el techo y pensando en todas las cosas que

vivió en dos días apenas, en la ciudad. Estaba contenta de encontrarse, de nuevo, en aquel sitio y sintió como si se le soltaran todas las amarras que se le hicieron en el corazón cuando las voces de la muchacha vecina caían como piedra. Sentía como si hubiera recobrado el aliento que se extravió en la ciudad. Después se fue donde estaban las dos mujeres para ayudarlas. El almuerzo hervía en aquellas ollas de barro que habían amasado los hombres del campo, y las llamas lamían los costados de aquellas vasijas oscuras y el humo se esparcía por todo el techo y se iban formando estalactitas negras.

Delina sentía que ella no podía enseñar nada a aquellas gentes, pues al contrario estaba aprendiendo de ellas muchas cosas: vivir con sencillez, sufrir en silencio y aceptar todo con resignación. Ella se sabía rebelde y ambiciosa. Ella quería que todo fuera perfecto y bello. Tal vez por eso no pudo reclamarle nada a él, oírlo siquiera.

El día le fue devolviendo la alegría y la confianza. Por la tarde se sentó cerca de Ramona que hacía el traje de Isolina y la ayudó a coser los ruedos. Los pensamientos de la mujer eran sombríos. Quizás no estaban lejos. Estarían enredados en los gritos de Lucio. Delina contribuía en algo para el traje de la novia y ella iría a la boda y ansiaba saber cómo se casan las gentes del campo.

A Delina le pareció que algo extraño le ocurría a la niña María cuando llegó a su cama. La miró hecha un ovillo

de lanas viejas, respirando con dificultad. No hizo ruido pero ella se movió y empezó a toser. Delina le preguntó qué le pasaba y ella nada dijo, se quejaba, como si su pecho no pudiera contener más los latidos de su corazón. La tomó en sus brazos, pero la tos la seguía asfixiando. La dejó un rato y con la vela encendida se fue hasta la cocina para prepararle un guarapo caliente. Todos dormían. Los hombres trabajaron mucho y Ramona también. Sólo se oían los perros, algún animal desvelado y los gritos de Lucio. Delina sintió miedo, pero la luz de la vela le inspiró cierta confianza. Mientras hervía el guarapo con limón se volvió al cuarto y puso la cabeza de la niña María en su brazo. Respiraba con lentitud. La tos había cesado. Un movimiento hizo caer la vela, todo quedó en tinieblas. De pronto María dejó de respirar. Los brazos cayeron como dos ramas secas sacudidas por el viento. Delina creyó que se había quedado dormida y esperó. Un frío, como de hielo subía por su brazo y se fue en busca de la bebida caliente más la viejecita era un montoncito de cenizas, sin ningún movimiento. Entonces Delina llamó a Ramona y ella acercó la luz a los ojos de María y sin mayor alteración dijo: “está muerta”. Se santiguó varias veces y fue en busca de los hombres. La niña María estaba allí en la cama como una vela apagada.

La casa se fue llenando de gente. Se encendieron las lámparas de kerosén y muchas velas. Desde el patio se veía como un inmenso altar. En el centro ya estaba María

durmiendo el sueño más tranquilo, como una virgen, como una niña. Los ojos perdidos en los profundos surcos de los años. Los cabellos blancos como dos cascadas le bañaban el rostro y a su lado las luces de las velas temblaban con el aire. La esperma corría por ellas como las mismas estalactitas de la cocina, pero esta vez blancas. En los platos donde estaban colocadas se hacía una masa blanda y transparente.

Los hombres sentados en el corredor hablaban en voz baja. Las mujeres se acomodaban con los pies juntos en la sala, frente a la niña María. Hablaban bajito. No querían romper el silencio con sus voces. Ramona estaba atendiendo a todos. Delina miraba asombrada. Tenía miedo y era porque sentía cómo se acaba una vida y la idea de la muerte la asustaba.

—No, Maruja, yo no quiero morir nunca y menos ahora. Necesito hacer algo. Tal vez cuando sea como la niña María, una viejecita. Cuando los ojos hayan secado sus fuentes.

Me dijo estas palabras Delina cuando vino a buscar un abrigo. Me miró y salió a confundirse con las otras mujeres que ahora rezaban. Después llegaron los músicos con sus instrumentos. Delina los miró con extrañeza y nada preguntó. No quería que las gentes se turbaran con su presencia.

Después empezaron a tocar y a cantar igual que en el velorio del angelito. Todos decían que la niña María era como un ángel.

Nadie lloraba. Los rostros serios. Algunas mujeres, en la cocina preparaban un hervido de gallina y olía el chocolate. Los hombres se repartían un licor blanco, llamado niche y tomaban de la misma botella.

Se cantaban estrofas mientras las manos rasgaban las cuerdas de una bandolina, de un cuatro o violín. José siempre altivo y humilde en medio de todos. Más tarde llegó un nuevo cantador. Delina se quedó mirando una pelota grande que tenía en el cuello, como una tapara prendida en el tallo de su árbol. Algunas muchachas se rieron del asombro de Delina, mas se quedaron agachaditas cuando ésta las miró.

—¿Qué tiene ese señor en la garganta? —le preguntó a una muchacha como ella.

—“Coto” —le respondió— El toca bien el violín y canta. Ya verá. A él lo llaman siempre para los velorios de angelito.

Apartó un poco la pelota del cuello para colocar el violín y empezó. Su voz era fuerte y sonora:

Paloma, volá, volá
volá pa'el altar mayor
que allí es donde se celebran
las gracias del Señor...

Los demás le hacían el coro y volvía a decir otras estrofas que se quedaron en el aire.

Al día siguiente fue el entierro. En una urna, hecha de tablas, sin mayor adorno, se fue la niña María en brazos de los trasnochados campesinos. Las mujeres se quedaron en el patio de asolear café y más tarde se fueron poco a poco a sus casas. Todo siguió igual. Delina me repetía los versos del “cotudo”:

*Paloma, volá, volá
volá pa'el altar mayor
que allí es donde se celebran
las gracias del Señor...*





XXXVI



Ahora Ramona acompaña a Delina que teme a las sombras, a los ruidos extraños, a la noche llena de misterios, a la ausencia de la niña María. Ella no es dulce y frágil como la viejecita, pero algo hay en ella que inspira confianza y cariño. Sus gestos son un poco brutales, pues ha sostenido muchas luchas con ella misma y con la vida. Tiene la dureza de la tierra, pero como la tierra sabe ser generosa y comprensiva.

Cuando Ramona se llevó la vela al rostro para apagarla, por un instante se le iluminaron los ojos. En traje de dormir y con el cabello suelto se ve una mujer joven. Delina la miró compasiva. ¿Cuántas veces se miraría al espejo, a hurtadillas, sabiéndose una mujer apta para la vida? ¿Cuántas veces pasaría sus manos por sus senos dormidos para la maternidad? Todos los sueños se quedaron en las alucinaciones de un hombre perdido en un misterioso mal.

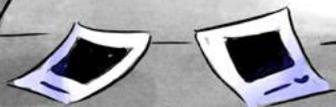
Ramona se levantó temprano y preparó el desayuno de los hombres que se fueron a la siembra. Afuera se oía el ruido del campo, distinto al de la ciudad: el viento, los

animales, algún silbido extraviado en los cafetales y las voces de los campesinos.

—Maruja, Ramona me dijo anoche que hoy abriríamos el baúl de la niña María y estoy ansiosa por saber lo que ella guardaba con tanto celo. Sigo sus movimientos y a cada momento me parece que ya es la hora. Ella tiene medido el tiempo para cada cosa. ¡Ah! me llama, debe ser para descubrir el misterioso baúl. Me voy, después te contaré todo.

Ramona traía la llave y esperó que se sentara Delina cerca de ella. Siempre en silencio, embargada en sus pensamientos, abrió la caja y Delina miraba uno a uno los objetos que iba sacando. Una fotografía amarilla por los años, de las señoritas González, puntas tejidas, revistas viejas, cintas de colores, estampitas de santos, papelitos brillantes, los restos de un jarrón de porcelana y en un frasco unas cuentas de un collar. Era un botín de una niña y Ramona se reía mostrando las chucherías. Nada de valor para las dos mujeres, pero quizás fueron motivo de orgullo y felicidad para la simple alegría de la niña María.

—Maruja, leía en estos días que el que guarda recuerdos tristes envejece triste y pienso que esto es verdad. En el baúl de la niña María no había ningún recuerdo de muerte, de olvido, de odios, ni una sola carta que hablara de desamor, de tragedias. Las cintas y papelitos de colores, las cuentas del collar, todas estas pueriles cosas que nada dicen, bien



podieron ser algún recuerdo grato. Muchas ilusiones se quedarían prendidas en los ojitos semicerrados por las arrugas, de la pobre viejecita, pero sólo sabemos de la alegría de sus tesoros. ¡Si pudiéramos, Maruja, guardar siempre lo que nos haga recordar alegrías! ¡Si en nuestro baúl interno pudiéramos tener los papelitos y las cintas que nos hagan sonreír!

Maruja, tú te pareces a la niña María, porque sabes sonreír aunque a veces veas correr la tristeza por mis ojos, pero estarás siempre para hacerme vivir los bellos años de mi infancia. Para que al verte, tu sonrisa me haga borrar cualquier nube que me oscurezca el momento y que seas en mis recuerdos como pudieron ser estas cositas para la niña María, que llenaron de claridad su corazón y su rostro.





XXXVII



No hay prisa en el campo. Todo tiene su momento, su hora: el mes del arado, el de la siembra, el de la poda, el de la lluvia, el de la cosecha. La costumbre ha hecho maestros de la naturaleza al hombre, la mujer y hasta a los niños que saben, según la posición del sol, la hora de ir a la escuela, de regresar. Hay poco tiempo para el juego, pues el niño ayuda a los mayores. La tierra necesita todas las manos. El niño cuando lleva la vaca, la comida a su padre inclinado en el surco, a comprar en la pulpería lejana de su casa, juega con los pájaros, la mariposa, el río, y en cada uno de estos encuentra una lección. Un simple insecto, una oruga o una flor detienen el paso menudo y hay silencios interrogantes en sus ojos por los misterios de la vida vegetal y animal.

Por estos días de diciembre el aire frío de los páramos se ha venido y los campesinos sacan entonces sus raídos trajes que más abrigan. Y en estos días hay cierto entusiasmo en el ánimo de los que transitan por los caminos, en la mujer que lleva el corazón del agua sobre su cabeza, en

la que lava sobre la piedra, a la orilla del río. Y es porque diciembre trae alegría a todas partes. El café está listo. Hay también el anhelo de lo que se va a comprar. Con poco se contentan sus gentes pues la mayor parte del dinero de la cosecha irá a las manos del hacendado, dueño de las tierras que ellos cultivan.

—Maruja, ¡qué lindo se ve el camino con la hierba húmeda! Se diría que el campo se ha robado todos los aromas y colores, en estos días. A un lado las moras revientan su morado entre las zarzas y en los potreros, las pomarrosas parecen hechas de miel y de crepúsculos. Las mujeres se cruzan y hablan con cierto regusto de los sencillos preparativos navideños y también de la boda de Isolina, la joven campesina que como la rosa ostenta sus colores naturales. Unas ofrecen su ayuda para la ocasión. Ramona les ha ofrecido las cortinas para que se adorne la sencilla sala de tierra pisada donde vive la novia. Y ¡qué linda se verá Isolina con su traje blanco y sus azahares!

Llegó el día. Con el alba salieron hacia el pueblo. Uno detrás de otro por los angostos caminos. Las mujeres con sus mejores vestidos, sus sombreros que ya en la puerta de la iglesia cambiarán por sus velos, los hombres hablando de sus afanes y de sus humildes sueños. A las diez regresan a la casa. El novio, tímido y sudoroso por la larga caminata y por la emoción contenida, la novia con las mejillas

reventando rosas, y los niños, flores cruzando de relámpagos el ir y venir de los más grandes.

El almuerzo fue bajo los árboles del patio. Una larga mesa para los invitados del pueblo, donde estaba Delina. Después los cuatros, violines y las bandolinas tocados por las callosas manos que acariciaron tierra y retoños, y las canciones extendiéndose por los aires. Los mozos sacan a bailar a las muchachas y Delina mira con tristeza. Ninguno se atreve, por respeto o timidez a invitarla a bailar. Es ella quien se atreve a insinuarle a uno de aquellos jóvenes para que lo haga y baila junto a todos con la misma sana alegría.

Los novios se fueron temprano, en la tarde. Sobre un burro que estuvo paciente esperando, cargaron las pocas cosas que necesitarían. No hacía falta mucho, pues ellos llevaban juventud, amor y la esperanza. Se perdieron en una vuelta de la loma, entre las siembras, entre las sombras de la tarde. En una pequeña casa de la montaña un nuevo hogar abría su camino de luces, de luchas. Poco a poco se fueron retirando los invitados y la noche cerró un nuevo capítulo. Sólo la luna quedó presenciando los diálogos del silencio.





XXXVIII



En la ciudad, Delina, tenía esa timidez, casi salvaje, de la gente del campo. Volvía a desear la orilla del río, la sombra del naranjo, las leñas ardiendo, las manos que le daban flores, frutas.

Y llegó la noche sin haberlo visto, sin saber de él. Una terrible duda cruzó por su cabeza y lloró amargamente como si el día hubiera ocultado tras las cortinas de una desilusión. Y cuando las campanas de la iglesia cercana lanzaban sus nueve hijos de bronce hacia la sombra y todo se iba cerrando como un abanico, lo vio parado en la esquina de la acera de enfrente. El miró con tristeza. Delina cerró la ventana y se quedó tras ella conteniendo el llanto. Después la niebla y las imágenes de las leyendas se enredaron en el silencio. Delina se acostó y se cubrió hasta la cabeza para que nadie supiera de sus lágrimas. Parecía una niña que había perdido su juguete, más era una mujer que empezaba a perder sus sueños.

—No puede ser, Maruja, yo sé que me quiso mucho. Algo tiene que ocurrirle. Si pudiera hablarle... pero... es

necesario que lo escuche. Las personas se conocen cuando hablan.

La mañana despejó un poco su cerebro y pudo escucharlo: “Me sería imposible decir qué me pasa. Yo te quiero mucho, pero siento que no sé luchar por nada y este amor nos cuesta tanto. Además, siempre estás lejos. Antes te veía, pequeña frente a mí, pero ahora soy yo el que se siente como un niño que necesita de una mano que lo guíe. Tú estudias. Serás una mujer distinta y no podré darte lo que te mereces ni lo que aspiras tú y tus padres, pero ayúdame. Vivo como paralizado, me dejo llevar por las cosas del momento”.

—Entonces no me quieres bastante— fue todo lo que alcanzó a decir Delina. Y lo miraba como si se alejara cada vez más.

Y Delina quería ser maestra y volver de nuevo al campo para enseñar a sus niños a leer y escribir y a que todos sean como José, que pueden saber lo que ocurre en otros campos, en otros pueblos y cómo viven en otras partes y cómo se puede mejorar el sistema de trabajo y cómo se puede hacer suyo lo que se amasa. Y fue pasando el tiempo entre los libros, entre las clases, entre sus compañeras y se iba sintiendo más libre y que el ídolo adorado se había roto para siempre. Sólo quedaba el recuerdo de sus primeros sentimientos, de las primeras palabras dichas en una noche de lluvia y pensaba que su futuro estaría lleno de cosas hermosas y de realidades. Eran profundos sus pensamientos para

la edad, pero la vida le estaba enseñando a mirar las cosas con el mismo sentido de la madre y con la natural resignación de la gente sencilla.

Y vinieron otros jóvenes a querer llenar de mieles sus oídos y los escuchaba y los detallaba, después se iban porque ella sólo tenía tiempo para estudiar y soñar y no quería volver a perder sus ilusiones.

De vez en cuando lo veía entrar a su casa y lo sentía hablar en la esquina o le oía su guitarra y su voz cantando con la luna, pero todo le parecía como si apenas existió en un tiempo ya lejano.

A veces la madre piensa que Delina guarda la espera de otro día en que vuelva a salir el hilo de esa ilusión, pero sus temores se eliminan cuando la ve actuar como si aquello fue una nube que nubló por unas horas su clara mirada.







XXXIX



—Maruja, hoy estaba en una mesita de la pastelería, frente a la calle, frente al mundo abierto. Los recuerdos se fueron agolpando como si quisieran salir todos a un mismo tiempo. Era de tarde y la soledad es más soledad cuando se está en los límites de la noche. La noche pareciera como si fueran todas las soledades juntas.

De pronto vi un niño con su perro y el perro era, a su lado, como una prolongación del niño, por su ternura, por su silencio. El niño y el perro se detuvieron frente a mí. No me miraban. Sus ojos estaban fijos en los pasteles. Pensé que podrían darme su compañía. El niño nada decía. Pasaba varias veces su mano por la suave piel del perro. El perro movía gozoso la cola. Los grandes afectos no necesitan de palabras.

—¿Quieres pasteles? —le pregunté al niño.

—Sí —me dijo.

—¿Quieres mucho a tu perro?

—Sí, es mi amigo y compañero.

Decía eso como si el perro significara todo para él.

Hace falta querer a alguien para no sentirse solo. El niño no tenía, del perro, otra manifestación de cariño, sino el movimiento de su cola y su fiel compañía.

¿Por qué yo he ambicionado en las palabras toda la belleza si en los hechos sencillos y en el silencio están los grandes secretos de la felicidad? Las cosas a mi alrededor fueron tomando forma. El tránsito de la tarde hacia la noche las había paralizado y un niño con su perro las hizo andar de nuevo.

El niño y el perro se levantaron y sin decir nada se fueron. ¿Irían hacia su mundo de sueños donde duermen los colores?





XL



—Todo lo que digan los mayores, Maruja, debe ser dicho para que lo puedan escuchar los niños. ¿Por qué muchas personas dicen siempre cosas que no debe oír el agua?

Cuando regresé a la casa encontré una vecina conversando con mi madre. Tu sabes, Maruja, que no me gusta esta señora porque da la impresión de que siempre tiene secretos y anda como una sombra entre las gentes. Todo lo dice como si temiera herir el aire con sus voces y es así porque cuando me vio, se hizo toda silencios. Después de saludarla me fui, pero la curiosidad me detuvo tras la puerta. Y oí cuando dijo un poco más alto: “no es bueno que ella escuche porque es todavía tan niña”. Después se extendió en detalles. Hablaba de un matrimonio vecino: “sé que ha abandonado a su pobre esposa porque está enamorado de una mujer que vive en la calle de atrás”. Sí, esa le quiere quitar la felicidad... ¿Cuál felicidad, me pregunto, si esos seres viven como si el matrimonio fuera una terrible carga? ¿Qué quieren defender allí? Tal vez sea el alimento de los hijos.

¿Por qué Maruja, esta señora no aconseja a la vecina que tanto le preocupa para que recupere lo que ha perdido y pueda salvar el hogar? ¿No se da cuenta que esa señora sólo piensa en la casa, en los hijos, en la iglesia y ha dejado solo a este hombre que necesita de su compañía y ayuda? No es solamente saber preparar una comida o velar por los hijos, ya esa es su misión, hay que cuidarse mucho de ella misma, no presentarse nunca a su vista como no lo hubiera hecho cuando novia. Hay que serle siempre agradable. A veces un hombre encuentra en otra mujer lo que se le niega en su casa. Creo que en lugar de andar, esa vecina, de casa en casa, regando un problema ajeno, pudiera más bien acercarse a esa amiga y hablarle con franqueza. Cuando yo me case, Maruja, procuraré ser la amiga, la compañera, que mi marido necesita.

Después la vi alejarse con su sombra y su misterio. No me gustan las gentes que no pueden decir las cosas que puedan ser oídas por los niños.

La madre de Delina no comentó nada a su hija. Hay momentos en que las madres no se dan cuenta de que las hijas ya son unas mujercitas con quienes se puede dialogar y que de esos diálogos pueden sacarse provecho y un gran acercamiento de amigas y que muchas veces la soledad de ambas se puede dispensar con una franca conversación. Tal vez la madre se quedó contagiada del espíritu misterioso de la vecina mientras que el pensamiento de la hija estaba limpio como el cristal del agua.



XLI



—La vida es como el mar, Maruja, siempre lanza sus olas a la orilla. Sólo la montaña se queda estática y firme viendo como la cruzan los vientos. No quiero ser como una montaña. Quiero ser como el mar que vive, se agita, se mece, va y viene. Y un día tendré hijos y en ellos veré como se alarga nuestra existencia sabré enseñarles lo que he aprendido hoy y lo que me han enseñado otros niños. No quiero perder esa magia que se acaba con el tiempo. Y si algún día vuelven a prenderse las mariposas en mi pecho, estaré preparada para comprender si aquello es una ilusión o una verdadera fuerza que me empuja hasta querer alcanzar la cima de mis aspiraciones.

Me miró como siempre y siguió en sus libros. Después me tomó en sus brazos y me puso en la mesa, junto a los cuadernos y me quedé triste pensando que se iba alejando cada vez más de mí.

Esa noche estuve velando sus sueños con los ojos abiertos y quería llorar, pero yo sólo sonríe.

Y vinieron los exámenes finales.

—Soy muy feliz, Maruja, inmensamente feliz. Ya soy maestra y en la noche que celebrábamos el grado conocí el hermano de mi mejor compañera. Me habló de sus proyectos en una forma como si quisiera interesarme en ellos. Yo le hablé de los míos. Al día siguiente me invadía una sensación, casi desconocida, como cuando por fin se llega a encontrar lo que se anhela. He pensado mucho en el amigo de esa noche.

—Nos volveremos a ver —me dijo— porque si no se presenta la ocasión yo la buscaré. Me gustas mucho y hay algo que me hace pensar que voy a quererte mucho y que me parece como si te conociera desde hace tiempo, pero es tal vez que te he soñado.

El día es como un joven que busca la cuerda del viento o la flauta de la brisa y Delina canta y canta con la satisfacción de haber terminado una carrera, con la alegría de que pronto empezará a trabajar y porque un ovillo de sueños se enrolla en sus pensamientos, sin sombras, sin prisas, sin reproches.

Los días fueron pasando y meses más tarde empezó Delina a cruzar la calle hasta la escuela que le habían asignado. Todas las mañanas recorría la ciudad de un extremo a otro y cada vez que oía los claros “buenos días” de sus niños sentía como si un nuevo sol naciera en su costado. Pronto se dio cuenta de la inmensa responsabilidad que tenía en sus manos, frente a esos seres llenando de mariposas azules sus

cabezas tiernas y el pizarrón se cubre de signos y dibujos y el aire de ecos y el espíritu se esponja como una flor de espumas. Por la tarde regresa con un río en sus sienes. Y así pasa el tiempo hasta que una de esas tardes encuentra una carta llena de promesas, de recuerdos y el anuncio de un pronto regreso. El hombre que conoció el día de su grado volvía. Había terminado sus estudios y también venía lleno de sueños.

Por su mente vinieron los años anteriores, los vientos que asustaron sus primeras emociones y riéndose, allí, quieta, miró la repisa donde estaba ya adornado su cuarto. Cepilló su cabello y durmió con una placidez que no turbó la noche cuajada de relámpagos y de lluvias.





XLII



Estoy en una nueva casa y todo se desliza entre risas y frases llenas de amor y de esperanza.

—Maruja, ¡cuánto tengo que decirte! Todo este tiempo no te he visto ni te he hablado porque me he sentido egoísta con esta felicidad. Pero se acerca el día, tal vez la hora en que voy a ser madre. ¿Será un niño? ¿Será una niña? Mírame bien cómo me he vuelto. Estoy llena de redondeces, más humana. Mira el cuarto del pequeño huésped que vendrá. Su espera se ha hecho larga. Nueve meses. Será el comienzo de un nuevo ser. Tú estarás allí velando sus horas como velaste las mías. Te sentirás feliz cuando te sonría.

¿Y qué es la felicidad, Maruja? La felicidad está en cumplir con las cosas sencillas y naturales, en esperar siempre a alguien, en vivir con los ojos abiertos a todo lo que nos rodea, en constante vigilia, y en repetir siempre lo que hemos hecho o dicho sin temor a herir el aire o detener la canción del agua.

Estaba tan absorta en su charla y en sus pensamientos, que no se dio cuenta de la presencia de él, del compañero

que en silencio la escuchaba y la observaba. Sobre la cama las ropas menudas, de colores claros y suaves. —Maruja, me siento que casi no puedo caminar, me canso hasta de andar por la casa, pero es un cansancio que viene acompañado de alegrías, ¿sabes? y de esperanzas.

En la noche se encendieron las luces de la alcoba y hubo ruidos y pasos hasta que los vi partir con una pequeña maleta de viaje y una cesta adornada de cintas y lazos. Delina iba callada, con la cara llena de interrogantes. El hombre a su lado, nervioso. A los tres días regresaron y todo se llenó de color y aromas. Venía junto a ellos, envuelto en cobijas, una niña, como un cordero escapado de la Sierra que inundó de sueños una cuna. Se abrieron las ventanas y entró el sol. Las cortinas bailaban con el viento y los dos padres se miraban a los ojos.

Delina me vuelve a tomar en sus brazos con la misma ternura de antes, alisa mis cabellos, pasa su mano por mi traje y me acuesta junto a aquel ovillo de sueño y de luna.

—Maruja, ahora eres la compañera de una niña que comienza a vivir...

F I N







Diario de una muñeca
se editó con amor en digital
en el mes de julio de 2022,
en el Fondo Editorial
Carmen Delia Bencomo – IBIME.
Mérida – Venezuela.





 @lunagohart



Ludwianna Piñero Pereira (Luna Gogh)

(San Fernando de Apure, 1999). Artista plástico y tatuadora. Estudiante de Artes Audiovisuales en la Universidad Nacional Experimental de las Artes (UNEARTE), Mérida. Es ilustradora y diseñadora gráfica en el Fondo Editorial “Carmen Delia Bencomo” del Ibime, desde febrero de 2018. Ha ilustrado los libros *En Amarillo* de Miguel Mata, *El ascensor mágico* de Magda Uzcátegui, *En las nubes* de María Isabel Sánchez, *Las letras asustadas* de María Luisa Lázzaro, *Balcones del agua: Antología Poética de Carmen Delia Bencomo* de José Gregorio González Márquez (compilador), *Cuentos increíbles de la Nona María* de Gregoria Caraballo Guzmán, y *El oso de anteojos* de Elena Molina Morales, publicados por este fondo editorial.

